

VIAGE A ITALIA. (1)

(Conclusion.)



El Baptisterio. (Iglesia de San Juan Bautista en Florencia.)

(1) Véanse los dos números anteriores.

25 de Agosto de 1851.

TOMO IX. 22

VIII.

ROMA.—EL VATICANO.—CERCANIAS DE ROMA. (1)

Proseguiremos guardando ese elocuente silencio, y conservando la reserva mas sencilla y natural, cuando nos encontremos en la famosa campaña de Roma, que nada tiene en verdad de sobrenatural, sino los recuerdos y las ideas que la están unidas. Al aproximarse á otras capitales de Europa, se encuentran un gran número de casas de recreo, muchas personas á pie, viajeros y carruages. Pero en derredor de la eterna Roma, no se ven mas que campos tristes y silenciosos como un cementerio. Esta grande calma influye directamente en el alma, y el hombre mas frio no puede menos de experimentar cierta emocion al contemplar algunas colinas cubiertas de zarzas y matorrales, aquellas llanuras que se pierden de vista, y á lo lejos y como entre niebla, la cúpula de San Pedro, que se eleva con todas sus gigantescas proporciones, por encima de los demas edificios que la rodean.

Puesto que de antemano hemos convenido con nuestros lectores, que dejaremos á un lado las poblaciones y sitios de tránsito, no tenemos mas que atravesar rápidamente la espaciosa y antigua Flaminiana, y bajar la última colina que conduce la *Ponte Molle*, construido sobre el Tiber.

Ya se despliegan ante nuestra vista las siete colinas, los palacios, las cúpulas, el Coliseo, los pinos y cipreses de los jardines y de las villas, y otra porcion de sitios que hasta entonces solo conocíamos por Horacio y por Tibulo.

Entramos en Roma por la puerta del Pueblo, y la plaza que se presentó á nuestra vista, y que igualmente ha sido dedicada al pueblo, no nos dió por su elegancia y aun coquetería la idea de una plaza pontificia. Tres calles se abren en frente de la puerta que acabamos de atravesar; la de enmedio, que es la mas ancha y hermosa, es la célebre calle del *Corso*, que es necesario ver en las animadas y bulliciosas fiestas del Carnaval. Pero sin dejarnos guiar por nuestro capricho en esta ciudad, en donde se necesitarían años enteros, si se tratase de verlo y examinarlo todo con alguna detencion, aprovechemos el poco tiempo que nos está concedido, y cada una de nuestras visitas contenga el mayor número posible de museos, palacios, iglesias, estatuas y ruinas.

Recorreremos alternativamente los sitios mas señalados de la moderna Roma, y esos restos magníficos, esos escombros inmortales que se llaman la *Roma antigua*. Saludaremos la columna Antonina, que nos guardaremos muy bien de confundir, como lo han hecho algunos viajeros, con la columna Trajana; luego marcharemos directamente al Capitolio, que debemos conocer por su exterior, segun los cuadros que de él hemos visto y las descripciones que hemos leído. Esta colina, con sus palacios modernos, su iglesia un poco estrecha, y su escalera sin nobleza y sin gracia, no corresponde exactamente á la grandiosa idea que podríamos habernos formado de antemano. Pero admiraremos, á lo menos por su grandeza, la escalera del centro por la que pueden subir tres carros de frente; luego aquellos trofeos, aquellas estatuas, aquellas piedras miliarias, y sobre todo

la estatua de bronce del emperador Marco Aurelio, una de las mejores obras de la antigüedad. Tres palacios, contruidos con arreglo á los planos de Miguel Angel, se elevan en los tres costados de la plaza. Pero nada choca tanto como la perspectiva que se goza desde las gradas del templo de Júpiter Capitolino; ese arco de triunfo, hundido en el terreno que se eleva desde el fondo del valle; aquellas filas de columnas cuyos capiteles se hallan reunidos por pedazos de mármol, y luego aquellas fachadas de muchos templos romanos, á que se han agregado iglesias y capillas cristianas.

Desde allí nos trasladaremos al *Forum*, que los modernos han llamado, con bien poca elegancia, *Campo Vaccino*, (el campo de las vacas). ¡Ay!... ¿quién hubiera dicho que este célebre sitio, teatro de los debates políticos del pueblo romano, en donde Ciceron pronunció sus *Catilinarias*, y César y Augusto celebraron sus triunfos, había de recibir de la indiferente posteridad ese epíteto bárbaro, digno de los hunos y de los godos? Mas lejos se ve el arco de triunfo de Septimio Severo, de proporciones en extremo elegantes; luego unas columnas de granito oriental, últimos restos del templo dedicado á la Concordia, que manifiestan todavía la belleza del edificio; despues, otro arco elevado á Tito, que es el mas admirado de todos; los florones del techo y los bajos relieves, representan el triunfo de Tito despues de la toma de Jerusalem. Por último, para terminar nuestro paseo, entraremos en el Coliseo, que todavía es uno de esos monumentos eternos que no tienen que temer nada de la exaltacion y de las alabanzas de los viajeros, porque siempre quedarán muy superiores á todas las descripciones. Este inmenso recinto se sostiene por su propio peso, á pesar del poco cuidado que se tiene de él, y de las piedras que cuelgan de las cornisas. El anfiteatro de Verona, que no es mas que como una tercera parte del Coliseo, puede contener mas de 30,000 personas; por esto se puede calcular la estension de este último. El que pase algunos dias en Roma, y no piense en ir á contemplar todas las tardes la postura del sol por entre las rendijas y aberturas de Coliseo, no merece hacer el viage de Italia.

Dejaremos ahora las antigüedades para echar una ojeada sobre Roma y San Pedro, desde lo alto del paseo que se estiende desde la academia de Francia, antes de ahora villa Médicis. Nada hay comparable á la perspectiva que se goza desde las orillas de la fuente que se eleva delante de la academia. Las verdes encinas debajo de las cuales se encuentra colocada, forman como una alta ventana cuadrada, que sirve como de marco á la cúpula que se divisa á lo lejos: creeríase ver un paisaje del Albano, si el sonoro eco de las gotas de agua de la fuente no recordase de cuando en cuando el sentimiento de la realidad.

Mas por deliciosos que sean estos pormenores, son bien mezquinos si se piensa en que aun no hemos visitado la iglesia de San Pedro, que sin exageracion, podemos decir que borra cuanto hasta ahora hemos visto en materia de iglesias y de palacios. Por muy grandioso que parezca este edificio, no se conoce desde luego todo cuanto tiene de imponente y gigantesco: la mayor parte de los viajeros, al entrar en él, se creen mas deslumbrados, admirados y atónitos de lo que están realmente: solo avanzando por grados, y apoderándose por decirlo asi, de los pormenores y del conjunto de esa reina de las metrópolis, es cuando se siente aumentar y crecer las impresiones, y se llega por fin á compren-

(1) Véase el tomo VII, páginas 121, 143 y 163.

der con el alma y con los ojos toda la estension y la hermosura de esa obra maestra de las edades modernas.

No haremos, como ciertos viajeros amigos de números, que anotan en sus libros de memorias con toda escrupulosidad, las medidas de la fachada, de las columnas y de la nave: diremos únicamente, para dar una idea de las proporciones, que las figuras colocadas sobre la balaustrada superior, que vistas desde abajo parecen de tamaño natural, tienen diez y siete pies de alto, y que el balcon desde donde el papa echa su bendicion al pueblo, es de tal elevacion, que es muy difícil distinguir las facciones del soberano pontifice. En cuanto al vestibulo, no podria darse mejor idea de él, que recordando la ocurrencia bien conocida de un inglés, que habiendo ido á pasar ocho dias en Roma, con intencion de ver todo lo mas notable que encierra aquella ciudad, envió á uno de sus amigos una descripcion de San Pedro, de la que resultaba que creia haber visto toda la iglesia, siendo asi que no habia pasado del vestibulo.

Pero no tenemos mucho que andar para atravesar la nave y llegar al sepulcro de San Pedro, en cuyo derredor arden esas lámparas, que segun dicen, nunca se apagan, rodeadas de un enrejado dorado y de multitud de flores, que la piedad de los fieles procura renovar continuamente. Sobre el sepulcro se eleva la maravillosa cúpula construida por Miguel Angel, obra sublime que hace resaltar el mal gusto del dosel y de las cuatro columnas del altar mayor, obra de Bernini, artista lleno de osadia y de movimiento, pero que dista mucho de la nobleza y sencillez de los buenos tiempos de la escultura. Pero una *Trasfiguracion* de Rafael, en mosaico, de un trabajo completo, y un grupo en mármol, de Miguel, que representa á *Maria con el cuerpo de Jesucristo sobre sus rodillas*, nos vuelven á conducir bien pronto á las regiones de lo sublime.

No nos fijaremos únicamente en las bellezas del recinto; gozaremos tambien del espectáculo único que la plaza despliega en lo exterior, en donde se vé la célebre columnata, superior á todos los elogios; y tambien de la perspectiva que cerca de un obelisco, ofrecen dos fuentes, que podrian llamarse dos fuegos de artificio acuáticos, que todo el año corren dia y noche sin interrupcion. Las fuentes, y sea dicho de paso, son una de las mejores cosas de Roma. Se las encuentra á cada paso, y algunas parecen rios: especialmente la de la plaza de Navona, que efectivamente es el modelo de cuanto la arquitectura puede hacer mas encantador cuando toma prestados los prestigios del agua para secundar los recursos de su arte.

En medio de los innumerables objetos que simultáneamente nos llaman la atencion, nos es preciso tratar casi como un edificio ordinario á ese famoso panteon, que se da á conocer como monumento de la mas alta antigüedad romana, por su vestibulo compuesto de diez y seis columnas magnificas. Cuando se penetra en lo interior, choca el grandioso efecto de aquella bóveda circular: los mas ricos mármoles cubren las paredes. Empero no podríamos permitirnos los pormenores de los objetos artísticos que alli se hallan reunidos, sopena de no poder decir nada del Vaticano, que ya nos aguarda y tal vez se asombra, con razon, de nuestra lentitud.

Un jóven aleman, que iba á hacer la visita á que nos preparamos, preguntó con mucha candidez á sus compañeros, qué habian de ver despues de visto el Vaticano. No

pudo volver de su asombro, cuando le hicieron comprender, que aun cuando estuviese un año en Roma, y le dedicase enteramente al Vaticano, le seria muy difícil verlo todo en ese palacio, que tiene *once mil* salones y habitaciones, y en donde se admiran las capillas Sixtina y Paulina de Miguel Angel: las celdas y salas de Rafael: la biblioteca, la galeria de pinturas; muchos millares de estatuas y bajos relieves en el museo de antigüedades, y otra multitud de objetos que seria prolijo enumerar. Aunque hayamos confesado de antemano que teníamos muy poco tiempo de que disponer para esta y otras visitas, librenos Dios de tropezar con alguno de esos officiosos é incómodos *ciceroni*, que se empeñan en haceros ver en ocho dias todo cuanto Roma y sus inmediaciones encierran de mas notable: que os hacen visitar en un dia, y de una tirada, el castillo del Santo Angel, la iglesia de San Pedro, con sus capillas, su cúpula y su cruz; todo el Vaticano con sus millares de habitaciones y galerias: y que desde alli os arrastran al *monte Mario*, situado á una legua de Roma, para ver la *villa Millini*, y la *villa Madonna*. Nos guardaremos muy bien de visitar el Vaticano de este modo, y preferimos omitir mucho á olvidar una porcion de cosas, á no examinarlas despacio, segun las leyes ordinarias del goce y de la sensacion.

Nuestro primer paseo se dirigirá á las habitaciones del Vaticano. La opinion general de todos los artistas, y de los inteligentes en pintura, es, que para conocer á Rafael, no basta haber visto sus cuadros esparcidos por los museos de París, Viena, Dresde, ó algunas ciudades de Italia, sino que es preciso haber admirado sus pinturas al fresco en los salones del Vaticano. Los asuntos de sus frescos han sido reproducidos con tanta frecuencia en los grabados, que nada tenemos que decir de ellos, y nos basta recordar la *Reunion de los padres de la iglesia*, primera obra ejecutada en el Vaticano por Rafael, con tanta superioridad, que el papa Julio II, dió al momento orden de quitar todos los cuadros del Perugino, Signorelli, Bramante de Milan etc: luego el *Parnaso*, otra obra maestra, en donde se vé á Apolo representado con un violin en la mano; y tantas otras composiciones inmortales, de las que una sola formaria la gloria de un museo y de una ciudad.

Pero ¿á donde iríamos ir á parar si solamente hubiésemos de indicar las riquezas de las demas galerias de Roma?... La del palacio Borghese en donde se encuentran de mil setecientos á mil ochocientos cuadros originales de los primeros maestros: la del palacio Farnesio, reputado como el mejor de Roma, y que fué construido por Sangallo, Miguel Angel y Jaco de la Porte. Este edificio está adornado con un magnifico vestibulo compuesto de doce columnas dóricas de granito egipcio: los Carrachios y Dominiquinos han sembrado con profusion los tesoros de sus pinceles en las paredes de las habitaciones superiores.

El presidente de Brosses, en una de sus cartas acerca de Roma, que dirigió á su amigo Mr. de Quintin, esclama: «habeis nacido vestido, señor aficionado á las pinturas; vais á tener todavia algunas de Rafael, y de las mas esquisitas. Yo tengo á éste una predileccion particular, mas que al Vaticano y al Montorio: quiero hablar del pequeño Farnesio de la Longara, en donde se hallan los dos salones de la Psiquis y de la Galatea....»

Y á propósito; el presidente á quien nos hemos visto obligados á compendiar, porque suele ser un poco difuso en

sus narraciones, refiere que habiendo comenzado Rafael por el salon de la *Galatea*, que es el del centro, en donde pintó el cielo raso y el friso con arabescos y juegos de niños, encantó á toda Roma con solo aquel trabajo. Miguel Angel fué á verle, cuando no estaba allí y no dijo una palabra; mas habiendo encontrado un poco de negro en una paleta, con una docena de pinceladas, dibujó en la pared una cabeza desmesurada de un jóven, y en seguida se marchó. Viendo Rafael á su regreso aquella desmesurada cabeza dijo: «Miguel Angel ha estado aqui; ¿qué ha dicho?»

—Nada, le contestaron sus discípulos; ha hecho esa cabeza y se ha ido.—Entiendo, replicó Rafael; tiene mucha razon; mis figuras son demasiado pequeñas: es preciso rectificar esto en el resto de la obra.» Y luego comenzó á retocar las paredes del salon, interrumpiendo su asunto cuando llegó á la cabeza negra, sin quererla borrar: allí se encuentra todavía, y causa admiracion el ridiculo efecto que causa aquel abultado y estravagante semblante; pero que por lo demas está admirablemente bien hecho.

El triunfo de *Galatea* paseándose por las olas, es una



Sepulcro de Virgilio.

obra que no tiene precio, y que algunos inteligentes miran como la mejor que ha salido de manos de Rafael. La historia de Psiquis, no menos admirable, que está representada en diez ó doce piezas, se reputa, con la *Trasfiguracion*, como el último cuadro que pintó Rafael. No se sabe si el artista murió en este palacio, ó en la casa que manifiestan en la calle de los Cronaori, cerca del puente del Santo Angel; pero se sabe que poco tiempo antes de su muerte, el cardenal Bibbieno le proponia en matrimonio á su madre y heredera: el papa queria hacerle cardenal. Asi, tal vez se hubiera visto á un cardenal arrebatado de las manos de Rafael, aquellos pinceles y paleta que la muerte le arrancó tan bruscamente. ¿Cuál es mas triste y sensible, ver á un artista en el colmo de su gloria y en la plenitud de sus triun-

fos, ó verle renunciar de su buen grado por unos honores perezcosos á cultivar su arte, y á las nuevas obras maestras que podia producir su genio?

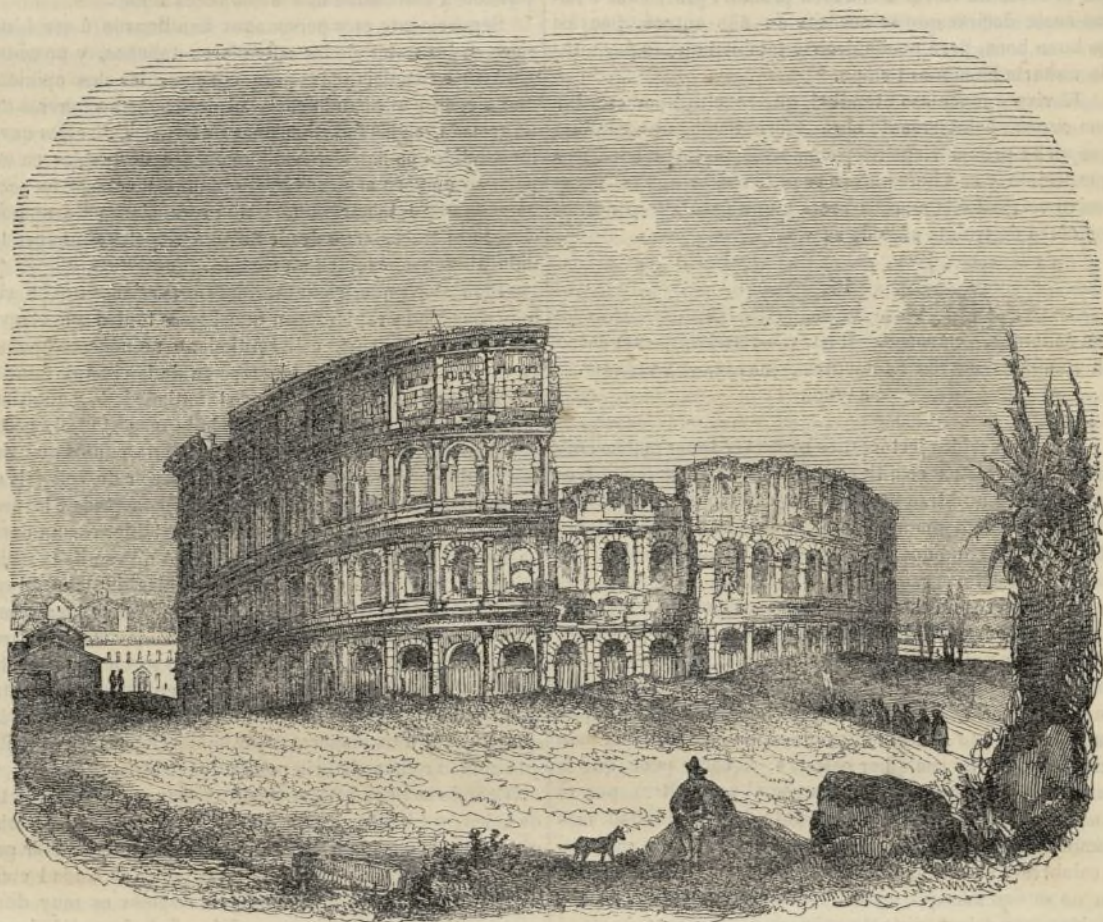
Los nombres de Rafael y de Miguel Angel, nos conducirian demasiado lejos, si tratásemos de recordar todo lo que á ellos va unido: solo la descripcion de la capilla Sixtina, mereceria un volumen. Las iglesias de San Juan, San Pablo, Santa Maria la Mayor y la de San Pedro Advíncula, en donde se hallan el sepulcro de Julio II y la estatua de Moisés, por Miguel Angel, merecen fijar nuestra atencion, por la singularidad de su arquitectura, ó por las obras maestras del Dominiquino, de Guido ó los Carrachios, que interiormente las adornan.

Pero si saliésemos de la ciudad para visitar las cercanías

en detall, y notar cuanto ofrecen de curioso, entonces podríamos decir que nuestro viage no acabaría nunca. Sin embargo, no resistiremos al placer de gozar de las admirables perspectivas que presentan el Tivoli y Frascati, aunque las hay en todas partes en esa campiña de Roma, siempre un poco vacía y desolada, y que no conviene mas que á las almas melancólicas. Pero la ciudad de Roma, que se divisa á lo lejos, alegra el paisaje y forma un horizonte digno del cuadro que se ofrece á la vista. Los jardines de Fras-

cati, tan espaciosos y bien cultivados, esplayarán el ánimo y le descargarán de las vastas y grandiosas impresiones producidas por la vista de tantos edificios.

El Belvedere y el parque Ludovisi, son dos montañas cortadas en forma de azoteas, cubiertas de verdor, de grutas, y de soberbias cascadas. ¿Qué cosa mas encantadora que el gran surtidor de Belvedere, que sale con un espantoso ruido causado por el agua y aire mezclados, y la misma colina del Belvedere cortada en tres pisos, adornada



Vista del Coliseo en Roma.

con grutas y fachadas de arquitectura rústica, guarnecidas de espumosas cascadas?... La de Ludovisi, sobre la cual hay una plataforma con un espacioso estanque con muchos surtidores, es todavía mucho mas hermosa que la del Belvedere. En el pie de la colina, se admira un excelente trozo de arquitectura de Jacobo de la Porte. Las avenidas, ó calles de abajo, tienen naranjos y empalizadas de laureles, terraplenes formando graderías, balaustradas con macetones de mirtos y granados.

¡Cuántas cosas nos quedan todavía que visitar en lo interior y en las cercanías de Roma!... Y el antiguo Tibur, casa de campo de Horacio, enderredor de la cual se cree ver al dios de los bosques de regreso de Arcadia, correr con sus

pies de cabra hácia su morada; y esa caída del Anio tan pintoresca y tan agradable; y en la falda del monte Esquilino tantas y tan alabadas ruinas: esa columna del templo de la Paz, en cuya punta hay una estatua de la Virgen, obra antigua y sublime; y ese obelisco de granito sacado del sepulcro de Augusto, y que Fontana hizo colocar en esta colina; y esa excelente estatua de Santa Bibiana, hecha por el Bernino, que basta para reconciliarnos con el talento de aquel artista, tan admirable á pesar de sus defectos!

Y sin embargo, aunque no tengamos por decirlo así, mas que un cálculo poco exacto de las grandezas y magnificencias de Roma, ya ha sonado para nosotros la hora de la marcha: la naturaleza de nuestro viage no nos permite una

estancia mas larga; nos es pues, preciso ir á dirigir la última mirada á la iglesia de San Pedro, al Vaticano, al Panteon, al Coliseo, á la calle del Corso, á la plaza de España, y á todo lo que hemos admirado y que quizá ya no debemos volver á ver.

¿Es eso visitar á Roma? nos dirán algunas personas: despues de esta peregrinacion incoherente y rápida ¿podremos vanagloriarnos de conocer á fondo esta ciudad que nunca ha sido bien vista?... Indudablemente que no: pero podemos sin vanidad figurarnos que sabemos lo bastante para abrir el deseo de volver á ella bien pronto. Para visitar á Roma suele decirse que se necesita un año entero. Sea asi en buen hora, pero puede decirse tambien que es permitido visitarla en menos tiempo.

El vivo é ingenioso Stendhal, que concluyó por escribir una curiosa é interesante obra sobre Roma, nos confiesa que en su primer viage no permaneció en esta ciudad mas que treinta y seis horas. Pero es justo añadir que en lo sucesivo volvió á ella muchas veces y que pasó allí por último cerca de treinta años de su vida.

IX.

LOS BANDIDOS. —NÁPOLES. —CHIAJA. —POMPEYA. —SEPULCRO DE VIRGILIO. —GRITOS DE NÁPOLES. —BAYAS. —EL VESUBIO. —TEATROS.

Ahora, queridos lectores, es menester tener mucho cuidado con nuestra comitiva, nuestras carteras, nuestros equipages, y nuestras personas. El camino que debe conducirnos desde Roma á Nápoles, es segun dicen, la tierra clásica de los bandidos, de los robos á mano armada, y de los asaltos nocturnos.

Los viajeros no están de acuerdo en cuanto á los bandidos de Italia: unos creen buenamente en su existencia, y no dudan que atravesando los estados del Papa ó el reino de Nápoles, estén espuestos á tener algunos de esos encuentros poco tranquilizadores: dichosos si se libran pagando su tributo á esos malhechores, que se les aparecen en la persona de cualquier calesero, ó cada peon que la casualidad hace que se les presente al paso. Otros por el contrario, tienen sobre este punto la incredulidad mas completa; pretenden que la raza de los bandidos romanos ó calabreses ha quedado destruida hace largo tiempo, y que ya no se ven mas que en los romances y novelas esos individuos con calzon corto de paño azul, una capa parda al hombro, un sombrero de fieltro rojizo, punteagudo, adornado con una cinta amarillenta, canana, carabina al hombro, pistolas y puñal en el cinto, etc.

Sin embargo, si es cierto que los bandidos italianos son una especie fabulosa, ¿cómo esplicarse la realidad de tantos personajes, que desgraciadamente han adquirido una notoriedad demasiado célebre: entre ellos, Maino de Alejandria, que se titulaba *emperador de los Alpes*, y firmaba con ese titulo los carteles que hacia fijar en el camino? Parella, que fué perseguida durante tres años por los soldados franceses, y solo sucumbió por la traicion de uno de sus criados: y el célebre Giuseppe Mastrilli, que solo debió su salvacion en 1789, á su estraña semejanza con el duque de Calabria, que le hizo evitar la muerte en el momento en que iba á ser conducido al suplicio: y ese Fra

Diavolo, que despues llegó á ser un héroe de comedia, pero que en 1806, difundia la consternacion por toda la costa del Mediterráneo, ex-fraile, ex-presidiario, siempre cubierto de amuletos y cargado de puñales; y en fin, el famoso Gasparoni, cuya cuadrilla se componia de doscientos hombres, que cometió hasta ciento cuarenta y tres asesinatos, que robaba las monjas de sus conventos, devoto como Fra Diavolo, observador escrupuloso de todas las formas exteriores de la religion, guardándose muy bien de cometer un robo ó un asesinato en viernes, ayunando fielmente y yendo á confesarse una ó dos veces al mes.

Seguramente esos personajes han llegado á ser históricos en los fastos de los salteadores italianos, y no se negará su existencia. Mas para conciliar las dos opiniones que niegan y afirman la realidad de los malhechores á mano armada, en las inmediaciones de Nápoles, diremos que si los bandidos no han sido completamente destruidos en este pais, su número al menos ha disminuido mucho, y la prueba es, que sin tomar escolta ni precauciones de ninguna clase, nos trasladamos desde Roma á Nápoles sin haber tenido ningun encuentro alarmante.

Pero si en nuestras anteriores escursiones nos ha sido muy sensible la rapidez con que hemos tenido que atravesar ciertas distancias, este sentimiento no nos acompañará en el camino de Nápoles. A escepcion de la via Apia, uno de los mas hermosos monumentos de la antigüedad, y que tiene el privilegio de reunir á la utilidad, la magestad y la grandeza, no encontraremos en nuestro camino puntos que merezcan detenernos. Nada tenemos que decir de Velletri, sino que llama la atencion la hermosura y magestad de las mugeres. En Terracina, lo único un poco notable, es una posada de una apariencia muy noble, y en que se halla mejor asistencia que en lo general de las posadas de Italia. El camino hasta Capua es bastante triste y uniforme y las alabanzas que merece la posada de Terracina no podrian aplicarse á las de esta ciudad. Es preciso tambien reconocer que si los soldados de Anibal hubiesen tenido en esta ciudad, otro tiempo célebre por sus delicias, tan malas comidas como las que se sirven á los viajeros, no se hubieran pervertido tanto, y el mundo romano habria podido tener otros destinos.

Cuando se llega á Roma se atraviesan campos cubiertos de helechos ó áridas zarzas: no se ven á lo lejos ni caseríos ni árboles: lo cual da á la campiña romana un carácter general de abandono, y hace que se entre en la ciudad eterna triste y taciturno. La campiña de Nápoles es muy diferente; allí se ven á cada paso señales de la fecundidad y de la abundancia; viñas, árboles frondosos, limoneros y parrales, que como en los campos de la Lombardia corren desde un árbol á otro, y dan un aspecto delicioso á toda la comarca.

La situacion de Nápoles es quizá la mas hermosa del mundo, tanto por la estension de mar que se descubre, como por la alegría del puerto, la admirable serenidad del cielo, y la inmensidad de la rada, que parece formada para recibir los buques del mundo entero.

Mas entremos en esta dichosa ciudad como suele entrarse en ella generalmente, es decir, sin advertir que ya se halla uno en lo interior. Nápoles, ni tiene puertas, ni se halla cercada con tapias, y al atravesar las calles y plazas por entre la multitud que os rodea y oprime, se experimenta la misma impresion que si durante la travesia de un via-

ge por mar, se viese uno acometido de una tempestad en la calma mas profunda.

Todo cuanto con anticipacion nos han dicho acerca de esta poblacion, tan tumultuaria y curiosa, es nada comparado con el espectáculo que tenemos á la vista. Hémos aqui ya marchando por esa famosa calle de Toledo, que es la mas larga de Nápoles, y que por decirlo así, representa toda la ciudad. Aquellos millares de gritos, aquellas confusas voces, aquellas gentes con el semblante agitado, aquel tumulto infernal, harian creer que habia algun motin, alguna sublevacion popular, obediente á la voz de algun nuevo Massaniello. Pero nada de eso; ese rumor, ese griterio, es el estado habitual de la poblacion napolitana. Si miramos de cerca á esas bulliciosas gentes, veremos que en el fondo son muy pacíficas, que gritan únicamente para despachar sus mercancías, y se esfuerzan por ese medio en llamar la atencion de los transeúntes.

En lo sucesivo tendremos ocasion de observar desde mas cerca esos excelentes tipos populares napolitanos, reproducidos tantas veces por el dibujo y la pintura, pero que en ninguna parte deben estudiarse mejor que en su mismo teatro. Son esos mil vendedores ambulantes, que no tienen mas vestido que la camisa y un pantalon de lienzo basto; los vendedores de sandías, pececillos y conchas, que llevan toda su fortuna en una cestilla colocada en equilibrio sobre su cabeza; los vendedores sedentarios de macarrones y de buñuelos; los que despachan agua de limon y naranjas, que van llenos de guirnaldas de flores, naranjas y cintas. Agréguese á todo esto el ruido de los carruages que los conductores llevan al galope, como si se tratase de ganar el premio de la carrera; las conversaciones de los que pasan, que aunque sean de elevado rango, hablan siempre en voz alta; el murmullo de los *lazzaroni*, que cantan todo el dia, mezclándose en sus cestos, y admitireis sin dificultad, que no es usurpada la reputacion que goza el pueblo de Nápoles de ser el mas bullicioso y alborotador de la tierra.

Aunque ciertos viajeros han pretendido que la ciudad de Nápoles vale mas por sus accesorias que por sí misma, no por eso dejaremos de atenderla como merece. Despues de atravesar la calle de Toledo, iremos á la Plaza Real, en donde no encontraremos nada que pueda satisfacer nuestro gusto por la arquitectura. Pero tendremos bien pronto la ocasion de admirar la bahía, desde donde se abraza, por un lado el Pausilipo, por otro el Vesubio, y mas lejos el cabo de Sorrento, en frente la isla de Caprea.

Daremos tambien nuestro paseo por el magnifico barrio ó cuartel llamado *Chiaja*. Descansaremos ademas á la sombra en otro delicioso paseo llamado *Villa Reale*, situado á al orilla del mar, y que puede mirarse como el rey de los jardines públicos. Figúrense nuestros lectores unas calles de encinas verdes y frondosas, mezcladas con jardines ingleses, cuadros de flores, fuentes, y por último el mar, que se estrella en la pared exterior. En una glorieta que hay en el centro del jardin, suelen organizar en verano conciertos, y es bien fácil formarse una idea del efecto de aquella deliciosa música al aire libre, debajo de aquellas agradables arboledas, y á la vista de aquel mar encantado, que parece que tambien exhala por intervalos, suspiros y armonías.

Pero de todas las sensaciones nuevas é inesperadas que se experimentan en Nápoles, ninguna es quizá comparable

á la que se goza al despertar el primer dia, porque desde el rayar el alba se oyen los mismos gritos mas fuertes y penetrantes que anteriormente, mezclados con los rebuznos de los asnos y las voces de los vendedores, que conoceremos bien pronto cuando examinemos con mas detencion la ciudad.

Desde ahora comenzaremos nuestras escursiones por los alrededores, volviendo luego á la ciudad, á sus habitantes y á nuestros queridos *lazzaroni* ó *lazarielli* (que tambien se llaman así) segun las eventualidades de nuestras correrías y las paradas que nos veamos obligados á hacer.

Los planos en relieve de los edificios de Pompeya que encontramos por todas partes, deben inspirarnos un vivo deseo de conocer esta ciudad, que tan extraordinariamente ha salido de la tumba. No puede evitarse un sentimiento particular de interés, y aun cierta emocion, cuando en el museo de Nápoles se ofrece á la vista la numerosa coleccion de utensilios y muebles de los antiguos. En un salon se ven los objetos de tocador para uso de las señoras, sortijas, brazaletes, pendientes, peines con puas de marfil, agujas para el pelo, frasquitos de pomada, y hasta ruecas para hilar. En otra parte hay armas griegas, adornadas y cinceladas con suma perfeccion; luego, vasos cargados de bajos relieves, y una coleccion de piezas de vidrio, mas curiosas que hermosas, porque es preciso convenir en que los cristales de los antiguos, casi siempre de un color verdusco, son en extremo inferiores á los que se fabrican en Bohemia, Inglaterra, Francia y otros paises.

Visitemos ahora el sepulcro de Virgilio, porque no es posible dejar á Nápoles sin haber al menos cortado una rama de laurel, sobre el sepulcro del poeta. En uno de los collados ó laderas del Pausilipo se vé una viña de aspecto agreste, una escalera de piedra que conduce á la puerta de un jardin, y despues de atravesar muchos sinuosos senderos, se llega á una pequeña rotonda llena de nichos, en donde se veian en otro tiempo urnas cinericias; por medio de ciertas aberturas practicadas de trecho en trecho, se descubre la gruta de Pausilipo, como en el fondo de un vasto precipicio. La pequeña cúpula ó media naranja, representa el monumento elevado á la memoria del poeta, y es preciso reconocer que sin el nombre de Virgilio que le protege, tendria por sí mismo muy poco atractivo, especialmente para los que acaban de contemplar las maravillas arquitectónicas de Florencia, Roma y aun Nápoles.

Ya hemos hablado de los vendedores ambulantes, que con sus desentonadas voces nos aturdieron al recorrer la calle de Toledo. Ahora que nuestros oidos ya están un poco mas acostumbrados á esta especie de ruido, que agrada sobremanera á los napolitanos, ávidos de cuanto aturde los sentidos, podemos establecer cierta clasificacion entre esas mil voces que resuenan con estrépito unas veces y otras chillan. En otras partes casi siempre se pregonan por su nombre los objetos que se venden; pero en Nápoles es muy raro que no recurran á una metáfora, á un tropo, á una figura cualquiera de esa retórica popular, que no es uno de los rasgos menos curiosos de esta poblacion singular.

Asi es, que el que vende por ejemplo castañas, anuncia su mercancía con este grito: *¡Ah! che belli mastaceioli!* (ah qué hermosos panes de especia), porque tienen el mismo color que las castañas: ó bien *¡Ah! che montagna di so-*

ma, (ah qué carga tan abultada ó de tanto volúmen), para pintar el peso y el tamaño de los racimos de uvas. Las cerezas se convierten en corales, los higos en miel, etc. Algunas veces se limitan á una recomendacion general como cuando gritan: *Alla compra á buon prezzo*, lo cual podria hacerse estensivo á todos los artículos que se venden por las calles de Nápoles: ó bien *com' é fina, com' é fina* (qué fino, qué fino) fórmula de lenguaje en que se necesita estar iniciado para comprender que se trata del aguardiente con que se invita á los transeúntes. Uno de los gritos mas comunes es: *Ah! che belle cose: ah! che bellezza*; lo cual suele aplicarse á objetos que nada tienen de hermosos; pero ya se sabe que en Nápoles todo es *bello ó bravo*. Algunas veces, la figura es tan atrevida que no tiene relacion con el objeto que se propone. Asi es que nadie puede figurarse que se le ofrece bacalao cuando le gritan *¡gallina!* ó cuando le ofrecen empanadas de codornices. (Zampe de quaglie) en lugar de nueces. Todos estos gritos son tan desentonados que cualquiera creará que á los que los dan se les van

á romper las venas. Pero el mas estrepitoso de todos es, sin contradiccion el de *¡alici! ¡alici!* (anchoas, anchoas); este grito se oye desde el amanecer hasta despues de anocheado. Asi es que cuando se ve venir desde lejos á un lazzaroni que vuelve del puerto, y trae en la cabeza una gran cesta colocada horizontalmente, se obrará con prudencia apartándose, á no hallarse dotado de oídos napolitanos.

Pero los gritos de Nápoles, por mas curiosos y variados que sean, y aunque equivalgan á una comedia perpétua, no nos deben hacer olvidar nuestras escursiones exteriores. Puede mirarse como una de las cosas mas agradables del viage á Nápoles la visita que suele hacerse á Bayas. Empezaremos osadamente el camino abierto por medio de Pausilipo, por el cual se sale al otro lado de la colina. Esta obra asombrosa que remonta á tiempos muy antiguos, no siempre ha gustado á todo el mundo. Séneca, en una de sus cartas, refiere de buena fé el terror que le causaba aquel oscuro paso. Nosotros, á quienes la travesía de los *tunneles* de los caminos de hierro ha hecho mas intrépidos,



Dante.

Galileo.

Maquiavelo.

Ticiano.

Pablo Veronés.

declararemos que no sentimos la menor impresion de temor en aquel paso, pues que se han abierto en la bóveda una ó dos claraboyas que llegan hasta arriba, y por las cuales penetra la luz. La salida de la caverna conduce directamente al lago Agnano, en donde el agua salta naturalmente á la orilla, sin que por eso sea caliente. Bien pronto encontramos la famosa Gruta del Perro, de donde sale un vapor mortal para todos los animales, excepto la vibora.

Poco tenemos que andar para llegar á Pozzuoli, en donde tuvimos que defendernos de un enjambre de *lazzaroni* jovencitos, que nos querian hacer les comprásemos pedazos de bronce, piedras grabadas, trozos de estatuas, y otras cosas semejantes. La posicion de la ciudad agradablemente situada á la estremidad del lago, merece por sí sola el viage. Saludaremos los restos de un templo de Júpiter, y despues al puente de Caligula que se interna mucho en el mar y cierra el puerto de Pozzuoli. Este muelle es obra de Antonino Pio, y un testimonio del atrevimiento y grandeza de los trabajos de los antiguos.

Pero apresurémonos á trasladarnos al golfo de Bayas á donde nos llama la poesia moderna y en el que aun podemos penetrar á pesar de los esquifes y navecillas de los compositores de barquerolas, meditaciones, estancias y ensueños, reunidos en este sitio encantador, que quisieren oponerse á nuestro paso. El golfo de Bayas y su colina en forma de semi-anfiteatro, tan famosa entre los romanos por ser el sitio mas voluptuoso de Italia, es como esas hermosuras viejas, que en su pálido y arrugado rostro, dejan ver todavia las huellas de sus encantos. Cuanto pudiera decirse en elogio de esta bahía encantadora y de esa colina cubierta de árboles, que refleja en un mar siempre tranquilo y limpio, no tendria nada de exagerado. Causa mucho placer el figurarse lo que seria aquel terreno lleno de casas de campo del mas esquisito gusto, de jardines en anfiteatro, de terraplenes sobre el mar, templos, columnas, pórticos, estatuas y monumentos, en el tiempo de Ciceron, Pompeyo, Horacio, Mecenas, Catulo, Augusto etc. ¡Qué deliciosas debian ser las comidas despues de un paseo á pie

á la villa de Lúculo, cerca del promontorio de Miseno!... ¡Y qué espectáculo de aquellas doradas barcas, adornadas con banderolas de colores, brillantes con mil antorchas, aquel mar cubierto de rosas, aquellos buques llenos de cortesanas con el cabello destrenzado, aquellos conciertos sobre el agua durante la oscuridad de la noche, y todo aquel lujo que el voluptuoso Séneca ha descrito con tanta viveza, y censurado tan severamente!

La admirable piscina que Agrippa hizo construir para que sirviese de depósito de agua para la escuadra que estaba fondeada junto al promontorio Miseno, la antigua casa de campo de Agripina, la isla de Prócida, esa hermosa llanura inculta y descuidada que pasa por los Campos Elíseos,

el lago de Averno, tan puro y sobre el que las aves vuelan cuanto les place, la casa de campo de Ciceron en donde escribió sus *Cuestiones académicas*; hé aquí los sitios que visitamos, aunque lijera-mente, porque no podemos prolongar nuestro viage, ni escedernos de las proporciones establecidas. Remitiremos, pues, á nuestros lectores en cuanto á todas estas curiosidades, como tambien con respecto á Amalfi, Herculano, Pompeya y aun Sorrento, á las descripciones de Italia antiguas y modernas. Tenemos que hacer una expedicion, de que nadie puede escusarse, por poco que permanezca en Nápoles, y que se nos censurará quizá el haber retardado tanto. Ya adivinarán sin duda nuestros lectores, que queremos hablar de la subida al Vesubio.



La música; copia del cuadro de F. Miéris.

Mas para tranquilizarlos antes acerca de los riesgos que esta expedicion nos prepara, les diremos que los riesgos del cráter, las erupciones y aun los temblores de tierra, no son nada, comparados con las violencias reales que ejercen los viajeros, esos mil *ciceroni* officiosos, que se presentan á ofrecer sus servicios sucesivamente y con tal ardor, que unos los tiran de la cabeza ó el cuello de la levita ó frac, otros de las piernas, y los coleccion á viva fuerza sobre unos asnos, ni mas ni menos que si fueran fardos. Desembarazados ya de aquella importuna cohorte, podemos contemplar descansadamente la subida, cubierta á uno y otro lado de viñedos, en donde jóvenes muy lindas os presentan en unas cestitas los deliciosos racimos con que se hace el famoso vi-

no, *lacryma-Cristi*. La perspectiva se estiende á medida que se sube: á la izquierda se descubre una série de pueblecillos hasta Sorrento; á la derecha, la ciudad de Nápoles que se eleva en anfiteatro hasta el convento de los Camaldulenses, y la corona el magnifico palacio de Caserta. Pero bien pronto cesa la vegetacion; desaparece el verdor, y no tarda en descubrirse ese sombrío mar de lavas, al que es muy difícil acercarse sin cierto estremecimiento. Los ventisqueros de los Alpes son terribles en verdad; pero al menos allí se oye el ruido de los torrentes y de los aludes, y las cencerillas de los ganados de las inmediaciones; mas en estas cimas volcánicas, no se siente mas impresion que la de la inamovilidad y el silencio. Si subimos mas, no tarda-



remos en hallarnos en el mismo borde del cráter, cuya profundidad se calcula en trescientos pies, poco mas ó menos. El terreno del fondo del cráter, se compone de mil colores diferentes, que forman como una alfombra de incomparable hermosura cuando están iluminados por la luz del sol; pero la sensación que produce este espectáculo, no es completamente agradable, y con razon se ha comparado aquella alfombra á la abigarrada piel de algun animal peligroso, leopardo, serpiente ó pantera.

Después de haber pagado nuestro tributo de temeridad andando en derredor del cráter, sobre un terreno movido como la ceniza, ó inclinándonos sobre aquella especie de embudo á riesgo de correr la suerte de Empedocles, ó de ser sorprendidos por alguna granizada de piedras, descansaremos de aquel terrible espectáculo, contemplando la postura del sol que se sumerge en las olas por detrás de la isla de Ischia. Por poco que el Vesubio quisiese entonces favorecer á sus admiradores, con alguna erupción, ó con lanzar al aire algunas piedras inflamadas, ó bien con columnas de llamas, gozarían de un espectáculo verdaderamente mágico, y de una segunda postura del sol, por medio de aquella iluminación repentina, que esparce una llama azulada y millares de chispas y relámpagos en medio de las tinieblas.

Hemos prometido no extasiarnos, y seguramente este espectáculo no nos hará faltar á nuestra promesa. Por esto, concluida ya nuestra ascension, debemos apresurarnos á regresar á Nápoles, que no dejaremos sin decir al menos algo de los espectáculos, que son sin contradicción el asunto mas grave é importante de la población.

El teatro de San Carlos es demasiado conocido para que tengamos que hacer de él una descripción detallada. Nos bastará referir, que á consecuencia de un incendio, fué reedificado en 1816 por Barbaja, que desde las humildes funciones de mozo de café en Milan, se elevó á la condición de empresario y apoderado general de todos los teatros de Italia. Hé aquí como un viajero que se halló en la apertura de este teatro, cuenta la impresión que le produjo: «Me creía transportado, dice, al palacio de algun emperador de Oriente: mis ojos estaban deslumbrados y mi alma extasiada: nada mas sencillo, y sin embargo, nada mas magistoso, dos cosas muy difíciles de conciliar. Por todas partes brillaba el oro y la plata, y los palcos estaban de azul oscuro. La araña era magnífica, difundía la claridad por todas partes, y hacia resaltar los adornos. Nada mas magnífico y magistoso que el palco del rey sobre la puerta del centro: descansa sobre dos palmas doradas de tamaño natural; las cortinas son de hojas de metal de un encarnado pálido: el raso azul, los adornos dorados y los espejos, están distribuidos con un gusto que no he visto en ninguna parte de Italia: la luz que penetra por todos los ángulos del teatro permite verlo todo.»

Esta descripción breve, pero fiel, basta para dar una idea de lo que es el interior del teatro de San Carlos. En cuanto á la música, es suficiente recordar que para este teatro compuso Rossini su *Otelo*, y que los mayores cantores que después han sido aplaudidos por toda la Europa, obtuvieron sus primeros triunfos en el gran teatro de Nápoles.

Los demás teatros como el *Fondo*, el *Teatro Nuevo*, y otros muchos, no son, propiamente hablando, mas que unos satélites del de San Carlos. Podemos, pues, sin inconveniente,

no recargar nuestra narración con la enumeración de las piezas dramáticas y líricas que en ellos hemos visto representar. Sin embargo, no podremos hacer mejor uso de una de las últimas noches que nos restan, que dedicarla al teatro tan curioso y francamente napolitano de *San Carlino*, que quizá es el único de Italia en donde se representan comedias con mas naturalidad y gusto.

Se sube al despacho por una especie de sótano, y desde allí se pasa á un patio con sillones cerrados. Causa gran sorpresa ver en aquel teatro muchas personas pertenecientes á la mejor sociedad de Nápoles. Es cierto que en San Carlino se encuentra lo que no siempre ofrecen los teatros mas elevados; una sátira franca y viva de las costumbres, y el ridículo de las cosas del momento. Todo acontecimiento del día que llama la atención en cualquiera punto, llega á ser para el teatro de San Carlino un asunto para una pieza ó proverbio, en donde figura invariablemente el incomprendible *Pulcinella*, que con su careta medio negra tiene algunos chistes y agudezas, que realza el acento napolitano. Pulcinella va acompañado por lo regular de un personaje de corpulencia colosal, la que hace resaltar mas la parte cómica. La parodia desempeña gran papel en este teatro; los actores de los demás teatros, los cantantes en boga, y aun personajes públicos, son imitados con la mayor naturalidad. Esta comedia es de una especie particular. En todos los países se reconoce en cada actor de sus teatros un arte y un estudio especial; pero en Nápoles se cree ver actores de sociedad, que han recibido su talento de la naturaleza, y por su modo libre y familiar de representar, os persuaden que os introducen en su intimidad, cuando no hacen mas que imitar lo que cualquiera, en caso necesario, ejecutaria tan bien como ellos.

Son las once de la noche; salimos de San Carlino, y aunque nos cueste cierto bochorno y repugnancia, debemos confesar que mañana dejamos á Nápoles, y que nuestro viaje ha concluido. ¿Qué, nos dirán, es acaso lícito concluir tan grande empresa con una visita á un teatrillo, que en la gerarquía dramática ocupa un lugar casi igual al de los títeres? ¿No hubiera valido mas terminar con algun resumen general sobre el arte antiguo y moderno, ó mucho mejor con unas consideraciones acerca del estado político de la Italia, las causas de su servidumbre, los síntomas de una rebelión mas ó menos próxima, la desgracia de su división en estados separados, la necesidad de constituir una capital que llegue á ser un centro comun de intereses, ideas y principios, etc?....

Si, indudablemente todo eso seria mejor para concluir que como lo hemos hecho. Sin embargo, no seria propio del periódico para que escribimos. Nos hemos propuesto, no disertar, pintar, ni discutir, sino únicamente ver y viajar en poco tiempo y á poca costa. Si quereis saber si hemos cumplido nuestra palabra, no teneis mas que tomaros el trabajo de abrir el itinerario. Hemos querido probar que sin grandes gastos, sin una extraordinaria dosis de saber, y sin estudios preliminares, es permitido ver, y hasta cierto punto conocer la Italia. Si se quiere reconocer que no nos hemos separado de nuestro plan, es cuanto anhelamos, y como tantas veces se ha sospechado de la buena fé de los viajeros, es preciso satisfacerse, con que por lo menos una vez hayan permanecido fieles á su programa.

COMUNIDADES DE CASTILLA (1).

HISTORIA.

(Conclusion.)

A Rioseco se encaminó el cardenal Adriano el día en que logró al fin, después de varias tentativas infructuosas, burlar la vigilancia de sus guardadores: en Rioseco fué recibido el almirante al son de jubilosas aclamaciones, no sin que, llevado de su bella índole y sentimiento generoso, hubiese porfiado antes por entrar en acomodo con los de Tordesillas: contra Rioseco debía enderezarse naturalmente el poder de los comuneros; y sobre Rioseco tuvo entonces los ojos fijos toda Castilla. Nada escasearon sus ciudades en hombres ni en recursos pecuniarios á trueque de que la empresa fuese llevada á feliz remate; cosa que no había quien pusiese en duda, á pesar de haber comenzado bajo muy funestos auspicios. Baste decir que la Santa Junta empezó por dar á los soldados otro gefe, hallándose acostumbrados á vencer con Juan de Padilla, á quien jamás había vuelto el rostro la fortuna. Pero se presentó en Tordesillas don Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, y pretendiente del ducado de Medinasidonia, que había quedado muy ofendido del rey y de sus cortesanos, y pensaba tomar satisfaccion de las ofensas figurando á la cabeza del bando protegido por la justicia y la buena suerte: acaso creyeron los procuradores de las ciudades, que colocado al frente de la hueste un personaje de tanto viso entre los nobles, les induciría á seguir su ejemplo; Padilla se retiró con mal reprimida desazon á su casa: siguieronle los de Toledo, y don Pedro Giron, acompañado del obispo Acuña, de don Pedro Laso de la Vega, compatriota y rival de Padilla, y seguido de otros capitanes con fuerza considerable de ginetes, peones y artillería, se adelantó en ademán de guerra contra los magnates. Acuartelándose en Villabrájima, Villagarcía y Tordehumos dió vista á Rioseco: muy cerca de sus muros llegó algun día sin asaltarlos: daba mas oídos á los que le hablaban de avenencia, que á los que murmuraban de su apatía. Entretanto menudeaba sus visitas á Villabrájima el franciscano fray Antonio de Guevara, varon de una vida poco edificante, no porque se le conocieran escándalos de deshonestidad, sino, porque siempre se andaba por la corte tratando negocios del mundo y no tenía mas de mendicante que el sayal y la capucha. Este padre Guevara predicaba duramente á los comuneros para que depusieran las armas, otorgándoles en nombre de los gobernadores ciertas ventajas no despreciables; pero no eran creídas por gentes hartas de promesas reales que no habían tenido cumplimiento. Ultimamente le despidió el obispo Acuña, amonestándole entre socarrón y grave que no tornase al real de los comuneros si estimaba en algo su vida. Pero al tiempo de esta amonestacion formulada por el prelado zamorense con aplauso de los populares, ya había volcado el padre Guevara la aparente constancia del primogénito del conde Ureña, que figura desde aquella época en el libro infame donde registra la inflexible historia el nombre de los traidores. Anuncióse Giron como tal, proponiendo astutamente que se corriera el ejército

popular á Villalpando, donde tendría abundancia de víveres, cómodo alojamiento, y proporcion de recibir aumento de fuerzas, ya indispensable por haberse metido en Rioseco el conde de Haro, primogénito del condestable, en calidad de capitán general, con ejército bastante numeroso. El ataque á Villalpando no tenía mas objeto que el de desembarazar á los próceres el camino de Tordesillas. Tan simultaneamente supo vestir Giron la importancia de tornar á Villalpando, que aun desaprobándolo Acuña, no cayó en la cuenta de la traicion á pesar de su esperiencia alcanzada en una azarosa vida de sesenta años.

Con insólita presteza se aprovecharon de la ocasion los nobles; calladamente se movieron de Rioseco: sin que se vislumbrara su intencion adelantaron mucho camino, y cuando se presentaron delante de Tordesillas y lo supieron los de Valladolid y los de Villalpando ya no había lugar para llevar socorros con la urgencia que requería el caso. Durante cinco horas combatieron bravamente los próceres las murallas de Tordesillas: gran prez ganaron en aquella jornada tomando la poblacion por asalto y con pérdida de doscientos hombres. Allí fué dispersada la Santa Junta: presos quedaron muchos de sus individuos, y hasta sin clavos en las paredes, los moradores que les habían prestado auxilios. Además faltó desde aquel momento á los populares el grande influjo que comunicaba á sus resoluciones la sombra del trono, teniendo en su poder á la reina doña Juana.

En vano quiso sincerarse don Pedro Giron, fingiendo pesadumbre por aquel infausto suceso: el obispo Acuña le negó el saludo: tomáronle ojeriza los soldados, y hubo de salvar la vida fugándose á tierras de su padre. Un agravio personal le llevó á las filas comuneras: á la simple oferta que los gobernadores le hicieron de procurar satisfaccion á sus quejas, volvió la espalda á las ciudades. De una en otra resonó nuevamente el nombre popular de Padilla. Acuña le allanó el camino del mando, que pudo reservar para sí á haberlo codiciado. Con salir Padilla otra vez á campaña, sabía restaurar la causa de las comunidades; mas siendo desairadas las pretensiones de Laso de la Vega, anhelante de figurar como caudillo de la hueste, se mantenía perenne el fomes de la discordia.

Acuña abrió la campaña con buen éxito en tierra de Campos: propendia á darse la mano con el conde de Salvatierra, que se había alzado en las Merindades, y á coger como en una red al condestable dentro de Burgos. A lograr el mismo objeto, enderezó sus operaciones luego que llegó á Valladolid Juan de Padilla: ambos gefes rescataron del poder de los nobles la villa de Ampudia, propiedad del conde de Salvatierra: éste no correspondió á lo prometido, y el condestable afianzó su autoridad en Burgos. Ahora se conoció claramente el error de Padilla en no haberse apoderado de Simancas al principio del levantamiento: aquella fortaleza era el punto avanzado de los próceres posesionados de Tordesillas, y desde allí causaban á los de Valladolid cotidianas inquietudes. Por fin se movió Padilla al frente de sus tropas, y se hizo dueño de Torrelobaton, tras recia lucha, dando así un importante paso para recuperar á Tordesillas. Acuña se encaminó á Toledo contra el prior de San Juan, que dañaba mucho á las comunidades por aquel territorio: de pueblo en pueblo fué saludado el obispo con entusiastas aclamaciones, y recibido como en triunfo. Su presencia en Toledo mudó por de pronto el mal semblante

(1) Véase el número anterior.

de los sucesos, muy especialmente en el encuentro del Romeral, donde fué pérfidamente engañado, sin que por esto se le escapara la victoria. Despues, con grave escándalo del reino, le pregonaban arzobispo los toledanos en tumulto: bramaba de corage al saber el bárbaro incendio de Mora, donde perecieron miles de almas; y no le seguian los soldados á la cima del Cerro del Aguila, donde se proponia tomar venganza de la ferocidad del prior de San Juan contra los moranos.

Y en Castilla la Vieja, estaban en tanto paralizadas las operaciones. Padilla se hallaba en Torrelobaton como encantado. Temerosos del peligro que les amenazaba, entablaron los de Tordesillas negociaciones de concordia: alma de ellas era por parte de los próceres el almirante, por la de los comuneros Laso de la Vega, á quien representaba Alonso Ortiz, jurado de Toledo: llevaban el hilo de los tratos los padres Loaisa y Quiñones, generales de las órdenes de dominicos y franciscanos: muy próximo estuvo á desbaratar el designio de procurar la calma el padre Villegas, de vuelta de Flandes, y esplicándose frenéticamente en Valladolid y en el seno de la Junta de procuradores formada con los muy mermados vestigios de la antigua. Por fin llegaron á madurez las negociaciones: todos convinieron en que el monarca nombraría á voluntad del reino los gobernadores, quienes jurarian en córtés guardar las leyes: se buscarian personas para los oficios y no oficios para las personas: cesaria la estraccion de moneda: cada cuatro años se reunirian las córtés por autoridad propia, si no eran convocadas antes: se residenciaria al presidente y á los oidores del consejo: para el encabezamiento perpétuo de las alcabalas, serviria de norma el que se hizo en 1512: los de la comitiva del rey, cuando éste fuese de camino, pagarian desde el primer dia las posadas: se resarcirian con fondos de cruzada, ó por otra via, los daños ocasionados en Medina del Campo; perdonaria el rey particular y generalmente, todo lo obrado en el levantamiento. Condiciones bastantes eran estas para que depusieran las armas los dos bandos, y finalizara una guerra fratricida en la que perdian por igual todos; y sin embargo no recibieron la sancion debida por justa desconfianza de los populares en las promesas hechas á nombre de don Carlos, quien durante su tristemente memorable permanencia en España, se habia mofado de las mas solemnes. Al exigir los populares prendas seguras de que las promesas adelantadas por los gobernadores no saldrian ilusorias, se brindaron estos á comprometer su vida y hacienda, y á jurar su union con el reino para guardar y defender los capitulos que fuesen concedidos; pero los populares querian que el compromiso se alargase á prestarles ayuda á mano armada si no asentia el rey á las capitulaciones, á lo cual no se avino la nobleza. En señal de la repulsa, el condestable pregonó en Burgos por traidores, y condenó á la última pena á los que habian sido parte en los alborotos; y la Junta respondió en Valladolid á esta sentencia dando tambien por traidores á los gefes de los imperiales, y á los mercaderes que habian cooperado á desnaturalizar el movimiento de Burgos; á los vecinos de Tordesillas que obraron secretamente en contra de los comuneros, y á los de Simancas que entregaron aquel castillo á los adversarios de la Junta. Por consiguiente la avenencia se hizo imposible. Dos meses trascurrieron mientras se trabajó por conseguirla: aprovecharonlos sagazmen-

te los gobernadores atrayendo á su bando por mediacion de Laso de la Vega á varios diputados; estorbando en algunas ciudades el envio de socorros, facilitando y manteniendo segura la comunicacion entre Burgos y Tordesillas. Al revés los comuneros desperdiciaron por desgracia tiempo tan precioso: hoja á hoja vieron secarse los laureles alcanzados en Torrelobaton con sangre y fatiga: su hueste se diseminó en gran parte mientras duró una tregua mal observada por uno y otro partido, alejándose no pocos del peligro para poner en cobro las personas y el botin que les habia enriquecido. Los comuneros, que no desmayaban del primer propósito, zaherian la actitud apática de Padilla: éste queria maniobrar y le faltaban recursos: detenido en Torrelobaton cuando sin perder minuto debió adelantarse á Tordesillas, dió lugar á que esta poblacion fuera el punto central de las operaciones combinadas para atacarle en la villa donde se habia dormido sobre su postrer triunfo. El condestable, dejando suficiente guarnicion en Burgos, se puso en marcha hácia Tordesillas: en el camino se le ofrecieron muy pocas dificultades, y las venció todas sin extraordinario esfuerzo, y con muy escasas pérdidas se incorporó al cardenal Adriano y al almirante y á las fuerzas de su primogénito el conde de Haro. No consintiendo mas vacilaciones la inminencia del ataque, procedió activamente Padilla á reunir tropa, y súbito se halló gefe de siete mil peones, quinientas lanzas y bastante artillería, con la gente que le quedaba en Torrelobaton, y la que sacó de Valladolid, y la que le llegó de tierra de Campos. Seis mil peones y dos mil cuatrocientos ginetes contaron en Peñafior los gobernadores prontos á embestir á los comuneros. Tal era la situacion de los dos ejércitos al amanecer el 23 de abril de 1524. Cuerdamente pensó Padilla en retirarse á Toro para juntar alli refuerzos de Zamora y Salamanca; mas fué detestable inspiracion la de no poner en práctica su idea al amparo de las sombras de la noche. Muy entrado el dia, que estaba lluvioso, como es frecuente en primavera, sacó de Torrelobaton su no escasa hueste: avisados á tiempo de la marcha los gobernadores soltaron la numerosa caballeria en su seguimiento, dejando órdenes de avanzar lo que pudiesen á los peones. Algunas horas anduvieron los ginetes imperiales sin dar vista á los comuneros á pesar del mucho horizonte que se descubre en las estensas llanuras de Castilla, y no porque les llevasen gran delantera, sino por lo encapotado del cielo, y lo espeso de la lluvia que caia á ratos. Por último, les dieron vista y alcance casi al mismo tiempo. Dos veces intentó Padilla hacer alto y presentar la batalla en situacion conveniente, y otras tantas tuvo que atemperarse á la celeridad con que andaban sus soldados, estorbada solamente por lo encharcado del terreno. En el instante critico de caer sobre los populares la caballeria contraria, dividida en tres escuadrones, se desbandaron aquellos anhelosos de hacerse fuertes en el pueblo de Villalar, que casi tocaban con la mano, y amilanados, mas que por el miedo por la lluvia, que si se volvian á pelear les daba de cara. Juan Bravo, el capitán de Segovia, procuró inútilmente hacer jugar los cañones; los Maldonados de Salamanca confundidos mal su grado entre el turbion de fugitivos no pudieron menear las armas. Juan de Padilla, el héroe de aquella infeliz jornada, hizo propósito de no sobrevivir á la derrota, y seguido solo de tres hombres de su servicio, rompió una y otra vez con

imponderable denuevo los escuadrones enemigos: allí perdió su caballo y las fuerzas para seguir lidiando, á causa de la sangre que manaba de sus heridas. Grande estrago sembró en aquellos campos la caballería imperial derramándose á distancia de dos y mas leguas en persecucion de los fugitivos: la infantería llegó á tiempo de aprovecharse de los despojos de aquella derrota sin batalla.

No hubo clemencia para los vencidos; aquella misma noche fueron condenados á muerte Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado; los tres murieron valerosamente: Padilla, con serenidad magestuosa; Bravo, con intrepidez iracunda; Maldonado, con briosa y juvenil entereza.

Divulgada por Castilla la rota de Villalar, decayeron de ánimo las ciudades, y una tras otra abrieron las puertas á los gobernadores, quienes pasado el primer momento obraron con laudable mansedumbre, marchando en seguida con todas las fuerzas á Navarra, donde se habian metido los franceses, porque las tropas que solian guarnecerla estaban ocupadas en someter á las comunidades. Con valor pelearon y con gloria vencieron los gobernadores en Navarra, arrojando allende el Pirineo á los franceses.

Pero aun ondeaba en alguna ciudad la bandera de los comuneros, mientras los castellanos solo tenian ánimo para llorar su desventura. Aun resonaba el grito de Santiago y libertad dentro de los muros de Toledo. Allí doña Maria Pacheco, viuda de Padilla, muger esforzada y á la altura de las mas famosas de que se hace mencion en historias antiguas, mantenía vivo el entusiasmo, arrojaba todo linaje de peligros, salía al encuentro de perentorias necesidades, y sobrepujaba á los varones de mas bazarria en términos, que todo un obispo de Zamora, tan amaestrado en las lides, tan amante de peligrosas aventuras, tan enérgico de alma, tan indómito en la fatiga, tan á su sabor en las turbulencias, le cedió la palma de la constancia. En Toledo se hallaba cuando se supo el desastre de los comuneros; mantúvose firme en los primeros dias; mas viendo los sucesos de mala data desapareció una noche, y nadie tuvo lenguas de su paradero, hasta que remaneció preso en la frontera de Navarra. Pero la viuda de Padilla no cejaba en la defensa de Toledo, aunque á los apuros de la situacion estremada de una ciudad que habia quedado sola en el levantamiento, se agregaban los padecimientos de la arruinada salud de aquella heroína. Sus sacrificios no fueron estériles: del prior de San Juan logró una capitulacion honrosísima para los toledanos; aquel magnate, poco celoso de su renombre, la quebrantó á los pocos meses, y entonces la viuda de Padilla traspuso la frontera de Portugal, librándose milagrosamente del suplicio.

Así terminó el levantamiento de las comunidades, alentado ó ejecutado ó sostenido, al principio, por todos los castellanos sin escepcion de clases. No lo despojaba de su justicia la catástrofe con que habia terminado; todavia era posible cicatrizar las hondas llagas abiertas en Castilla por el menosprecio del monarca, la rapacidad de sus favoritos, y la sublevacion de los agraviados. A decir verdad, los nobles se habian hecho merecedores de alta recompensa; y si bien ésta no debía llegar en ningun caso á la preponderancia anárquica de que gozaron en lo antiguo, justísimo parecia que tuviesen participacion en el mando. De todas maneras cumplía al rey don Carlos ser clemente, porque suya

habia sido la culpa del levantamiento; porque los gobernadores le daban ejemplo con su conducta de que sin exacerbar los rigores sabian mantener la calma; porque la postracion y el desconsuelo que abrumaban á Castilla merecian contemplaciones; porque debía agradecer á Dios lo prósperamente que le disponia los sucesos, y muy principalmente porque la misericordia es la virtud que mas enaltece á los monarcas.

Quince meses despues de la rota de Villalar pisó don Carlos de nuevo el territorio de Castilla, y desde el primer momento demostró á las claras el uso que se proponia hacer de la victoria. De las dos caras que tiene el pecado apartó presuntamente los ojos de la que mueve á compasion, y los fijó con delicia en la que provoca al encono. Alcanzándose las unas á las otras publicó multitud de órdenes sanguinarias: de resultas fueron degollados en Medina del Campo los procuradores presos en Tordesillas; apenas hubo poblacion de importancia donde no hiciese rodar cabezas; en Simancas perdió la suya Maldonado Pimentel, no obstante la activa intercesion de su primo el conde de Benavente. Limpías así las cárceles de los que fueron parte en los alborotos, avivó el rey las pesquisas contra los que estaban escondidos, y las reclamaciones al rey de Portugal contra los que estaban emigrados. Cuando no tenia sobre quién descargar el cuchillo de la venganza, porque no parecían los que se habian ocultado, y porque el monarca portugués se limitaba á publicar por mera fórmula un edicto para que los emigrados abandonasen aquel país donde buscaban refugio, don Carlos se anunció á los castellanos con un documento, á que han dado el nombre de perdon general sus panegiristas, y que califica de lista de proscripcion el buen sentido. Allí se leen cerca de trescientos nombres de personas condenadas á la última pena, figurando próceres, sacerdotes, licenciados, cronistas, alguaciles, artesanos, y gentes de todas las categorías sociales.

Aquellos varones que mas habian trabajado en restaurar la causa del rey cuando e iba enteramente perdida, fueron eco providencial de la voz de Dios que le inducia á la clemencia: el condestable y el almirante, que habian aventurado la vida y la hacienda, ni aun consiguieron que fuesen pagadas las sumas que tomaron prestadas. Adriano, elevado á la Santa Sede, perdonó estérilmente al obispo Acuña, que continuó preso en Simancas: fray Antonio de Guevara, que ladeando la fragil constancia de don Pedro Giron hacia el bando de la nobleza, abrió en Villabrájima el camino de Tordesillas al conde de Haro, exhortó sin fruto al rey á que perdonase á los comuneros en celebracion de la faustísima jornada de Pavia: fray García de Loaisa, no fué mas afortunado en solicitar que la viuda de Padilla tornase al suelo nativo para restablecer su salud quebrantada, por mas que aprovechó la época de Semana Santa y el tribunal de la penitencia para que su solicitud tuviese mas eficacia: el hermano de Padilla no pudo conseguir ni con el trascurso de los años, ni con repetidas sentencias favorables de los tribunales de justicia, que se le devolviera el solar de sus mayores. El conde de Salvatierra se aventuró á venir de Portugal á agenciar su perdon en la corte, y preso en Burgos, se le hizo por orden del rey una sangría suelta. Desesperado el obispo Acuña de vivir entre cuatro paredes, habiendo agotado todo linaje de recursos para que se le permitiese acabar sus años en un retiro, y vien-

do desahuciadas sus peticiones, cuando despues de esforzarlas á cada acontecimiento venturoso de los que llovian sobre don Carlos, las alegó nuevamente y con mal suceso en ocasion de celebrarse en Sevilla las reales bodas, quiso fugarse del castillo de Simancas, asesinó al alcaide Noguerol, y fué cogido á tiempo de descolgarse del muro. Alcaides de la chancillería de Valladolid le formaban proceso, sujetándose á los trámites prescritos por la justicia, cuando de pronto apareció con órdenes del rey el feroz alcalde Ronquillo para atropellar la causa, y en cuarenta y ocho horas tomó declaracion al obispo, le puso á tormento, le obligó á renunciar la mitra y le dió garrote; consumándose así la atrocidad de juzgar Ronquillo al prelado don Antonio Acuña, que años antes le habia tenido preso en la fortaleza de Fermoselle, cuando el alcalde tenia encargo de impedir que aquel tomara posesion del obispado de Zamora. Hasta se negó obstinadamente el gran Carlos V, á permitir que se cumpliera una cláusula del testamento de doña Maria Pacheco, en la que manifestaba resuelta voluntad de que sus huesos descansasen en Villalar junto á los de su esposo.

Muchos documentos nos quedan de aquel tiempo; no pocas historias impresas, y mayor número de relaciones manuscritas existen del levantamiento de las comunidades de Castilla; estudiándolas profundamente, y cotejándolas con detenimiento, se deducen dos grandes y tristísimas verdades que podemos formular del modo siguiente: don Carlos fué cruelísimo con los comuneros; ingrato con los que le proporcionaran el triunfo. Desde entonces el ascendiente municipal cayó por tierra; la nobleza sometida por los reyes Católicos fué vilipendiada por su nieto. Idénticas peticiones á las que hizo la Santa Junta de Avila en 1520, formuló la nobleza en las córtés de Toledo de 1538. El condestable, que no era otro que el conde de Haro, vencedor de los comuneros, figuró como el Padilla de aquel tiempo: sus peticiones fueron desoidas y los próceres espulsados de las córtés; así las celebradas en Toledo vinieron á ser el Villalar de la nobleza castellana. Días despues, paseando con el rey el condestable por una galería de palacio, le reconvinó á causa de haber solevantado á los de su clase: con mesura en las espresiones hizo buena el condestable la justicia de sus demandas. Y el rey dijo: *os haré echar de este corredor abajo*. A lo que repuso el condestable, *mirarlo há mejor vuestra magestad; que si bien soy pequeño, peso mucho*. En este brevisimo diálogo se comprendia la historia del ascendiente nobiliario, sumido en la nada tras la ruina del influjo de las ciudades, y cediendo el puesto al despotismo del trono.

Solo de esta manera se concibe ver estraviada á España durante siglos de su natural carrera, hacinando laureles en los campos de batalla; escribiendo páginas de infecunda gloria en sus anales; mudando su papel de nacion independiente en el de provincia tributaria hasta que el causador de sus males se encerró abrumado de fatiga, achacoso y sumergido en ancianidad temprana dentro de una celda; en el de país mortificado y pendiente de cuidados ajenos hasta que el sucesor del rival del rey de Francia exhaló tambien el postrer suspiro entre frailes; y en el de tierra de promision de los favoritos durante los infelícísimos reinados de los otros tres principes de la dinastía de Austria, tan funesta para los españoles, que en las dos centurias de años

que estuvieron bajo su yugo, solo vieron desarrollarse y crecer la institucion del Santo Oficio, y al cabo de los cuales, sin pan que llevar á la boca, ni sangre para sostener la existencia, solo tenian lágrimas para llorar sus tribulaciones y bayetas para vestir de luto.

A. F. DEL RIO.

TRADICION DE LA HISTORIA DE ESCOCIA.

EL HOMBRE BONDADOSO DE BALLENGEICH.

Antes de la reunion de la Escocia y de la Inglaterra, los habitantes de las fronteras de ambos países, hacian frecuentes incursiones en el territorio vecino. Con mucha frecuencia, una banda de merodeadores, aprovechándose de una espesa niebla ó de una noche oscura, robaba los ganados, y lo asolaba todo. Aquellas incursiones llegaron á ser tan frecuentes y causaban tantos perjuicios á los habitantes pacíficos, que los dos gobiernos, decididos á poner un término á tamaños males, encargaron aquella comision á algunos poderosos nobles que residian en los confines de los dos países. Aquellos señores, que tomaron el título de *guardas de las fronteras*, estaban obligados á proteger el país, y á esparrir la alarma por medio de unos fanales colocados en las alturas. Los fanales daban la señal para que los habitantes recogiesen sus ganados en sitio seguro, y se reuniesen para rechazar y perseguir á los invasores.

El cargo importante de *guarda de la frontera*, á que estaba anejo un poder discrecional, requeria vigilancia, valor y fidelidad; pero no siempre se encomendaba á las mejores manos, y el servicio público padecia.

En el reinado de Jacobo V, aquella dignidad pertenecia á sir Jhon Charteris de Amisfield, cerca de Dumfries: el guarda de las fronteras era un hombre valiente pero altanero, y algunas veces olvidaba sus deberes hasta el punto de sacrificarlos á su interés.

Jorge Maxwell, jóven arrendatario en el Annandale, se habia distinguido muchas veces rechazando las invasiones á que estaba espuesta aquella parte del país, y de este modo se habia atraído el odio de los merodeadores ingleses. Un día tuvo que perseguirlos porque acababan de saquear su casa y robarle los ganados. Al frente de una fuerza respetable, cayó sobre el enemigo embarazado con el botín. En el sangriento combate que se trabó murió Jorge, dejando en la miesria á su muger, y su hijo único de edad de diez años.

Los vecinos de la viuda le cedieron una pequeña granja; pero nuevas invasiones redujeron á la infeliz muger á una estremada pobreza: no la quedaba ya mas que una choza y una vaca, que un buen rentero dejaba pacer en su campo.

Mas tarde, la industria, y el filial cariño de su hijo la permitieron vivir con cierta especie de desahogo.

Wallace Maxwell, á la edad de veinte años, parecia haber heredado el valor de su padre, y el ardor patriótico del capitán cuyo nombre llevaba. Muchas veces le habian oido decir que si no podia esperar el libertar á su país de los merodeadores ingleses, contaba al menos tomar estrepitosa venganza de la prematura muerte de su padre.

El resentimiento de sus injurias y de las de su país, no llenaba sin embargo, el corazón de Wallace, hasta el punto de hacerle inaccesible á pasiones mas tiernas.

Su varonil continente y gracioso semblante, habian llamado la atencion de mas de una hermosa, y no le hubiera sido difícil escoger una esposa muy superior á su humilde condicion. Pero ya habia fijado todo su cariño en María Moureith. Esta jóven, tan desprovista como él de bienes de fortuna habia sido liberalmente indemnizada por la naturaleza: era hermosa, y lo que todavía valia mas, tenia un corazón imbuido en principios virtuosos, y un talento mucho mejor cultivado que lo que podia esperarse de su posición. A estas cualidades reunia una dignidad natural, templada por una modestia y dulzura angelicales. Su padre, arruinado por los ingleses, no habia sobrevivido mucho tiempo á su desgracia: la madre murió de pesadumbre, y dejó á María huérfana á la edad de veinte años. Su belleza la proporcionó admiradores, y su estado de abandono, porque no tenia parientes en el Annandale, la esponia á las seducciones de los hombres depravados. Empero bien pronto se vió que las lisonjas, los regalos, y las mas magnificas promesas, no hacian la menor impresion en su alma cándida.

Wallace Maxwell consiguió captarse su aprecio y su ternura. Ambos servian al arrendatario que habia cedido la choza á la madre de Wallace: ambos eran poco mas ó menos de una misma edad, y se encontraban en la flor de la hermosura, pero tambien tenian bastante juicio para no acelerar su union: aunque se veian continuamente la razon les dictaba que todavía estaba distante el tiempo en que podrian efectuar un enlace, objeto de todos sus votos.

En una reciente incursión de una partida de ingleses, el gefe de ellos, hijo de un rico propietario, quedó prisionero y tuvo que pagar un considerable rescate á sir Jhon, que se le habia apropiado como utilidad de su cargo. Bien pronto despues, aquella misma banda, irritada con las amenazas de venganza de Maxwell, y decidida á arruinarle completamente, se aprovechó de una noche brumosa para invadir el Annandale, con objeto de apoderarse del jóven, y lo consiguieron por medio de una estratagemá. La vida del prisionero hubiera corrido el mayor riesgo, si el hombre que acababa de pagar un fuerte rescate por su hijo, no se hubiese apoderado de Wallace, declarando que no le soltaria mientras no se le diese una suma igual á la que habia entregado al guarda de la frontera.

Imposible nos seria explicar la pesadumbre de la madre y de la prometida de Maxwell. La primera, se dirigió al dia siguiente á Amisfield, refirió á sir Jhon lo que acababa de suceder, y le suplicó llorando, que hiciese salir fuerza armada en persecucion de los ladrones, que no podrian estar muy distantes: y era posible que recobrasen su hijo y el botín.

Hacia algun tiempo que Wallace Maxwell habia incurrido en el desagrado del guarda de la frontera muy poco generoso para olvidar ó para perdonar: éste, trató á la pobre con una indiferencia que rayaba en desprecio, y la contestó que no creia conveniente alarmar al país por tan poca cosa.

La pobre viuda, con el corazón despedazado, volvió á contar á María el mal resultado de su gestion.

En su desesperacion, la jóven resolvió ir ella misma á ver al gobernador, é inmediatamente se trasladó á su mora-

da y preguntó por sir Jhon. Como sus criadas la conocian mucho fué admitida con facilidad. Su hermosura, la alteracion de sus facciones, el fuego de sus miradas, y las lágrimas que bañaban su rostro, aumentaban el interés que generalmente inspiraba. Cayó de rodillas á los pies del gobernador, quiso hablar, pero los sollozos ahogaron su voz. La levantó, la hizo sentar, y la suplicó que se tranquilizase. Por último, con voz entrecortada, y lanzando miradas capaces de conmover al corazón mas empedernido, suplicó al gobernador en nombre del cariño de su madre, en nombre de la compasion que debian inspirarle las angustias y el dolor de una muger, que no fuese inflexible, y que emplease su poder en restituir la libertad al mejor de los hijos, y al mas fiel de los queridos.

—Sin duda ignorais, respondió con dulzura sir Jhon, todos los obstáculos que se oponen á vuestros deseos. Wallace Maxwell se ha atraído la enemistad de los ingleses, y á estas horas, debe estar en un sitio tan seguro que toda tentativa para librarle por la fuerza de las armas, seria inútil: pero en obsequio vuestro, adoptaré el único medio que puede producir resultado. Le rescataré á peso de oro, y ya sabeis que se necesitará mucho: espero pues, que vuestro reconocimiento será proporcionado.

—Haremos cuanto esté á nuestro alcance, para probaros nuestra gratitud, respondió María con el rostro encendido y los ojos centelleantes. El cielo os recompense.

—Aguardar mi recompensa del cielo, seria fijar plazo á quien puede pagarme de contado. En vuestra mano está, hermosa María, el reconocer este servicio de modo que sea vuestro deudor, sin que por eso os empobrezcais en lo mas mínimo.

Y se contuvo por temor ó por vergüenza de explicarse con mayor claridad: tanto imponen la belleza y la inocencia aun á los mas perversos!...

Alarmada con aquel language, María, en la rectitud de su corazón, no creia sin embargo, en un proyecto serio, y contestó con la frente cubierta de rubor:

—Estoy segura, caballero, de que vuestro honor no os permitirá insultar á una jóven sin defensa: sin duda habeis querido poner á prueba mi amor á Wallace Maxwell: toleradme, pues, que os vuelva á suplicar que adopteis las medidas que juzgueis mas á propósito para conseguir su libertad.

Un torrente de lágrimas acompañó aquellas palabras: sus ojos, fijos en el gobernador, tenian una espresion tan dulce y tan suplicante, que se hubiera conmovido el corazón de un demonio.

Sir Jhon no omitió para seducir á la jóven el language mas lisonjero ni los razonamientos mas artificiosos: pero viendo por último, que todos sus esfuerzos eran infructuosos, concluyó de este modo:

—¡No retracto nada de mis promesas; mas os juro por el cielo, que Wallace Maxwell morirá en un calabozo, ó á manos de sus enemigos, porque jamás le libraré! Reflexionadlo antes de dejarme; pensad en su vida, y no la comprometais por mas tiempo.

Al oír aquel nuevo insulto, María salió del palacio con los ojos inflamados de cólera, y el corazón traspasado de dolor.

La viuda Maxwell tenia un espíritu que no se abatía fácilmente; aunque estaba profundamente afligida, no deses-

peraba de la salvacion de su hijo. Ignoraba el paso que acababa de dar Maria; pero habia reflexionado por su parte, si seria ó no conveniente obtener una audiencia del rey, para esponerle las quejas, tanto contra los merodeadores ingleses, como contra sir Jhon. Estaba abismada en aquellas reflexiones, cuando Maria volvió á la cabaña: la pobre jóven, casi loca de desesperacion y de resentimiento, la refirió el recibimiento que habia tenido. Aquel relato fijó las incertidumbres de la viuda, y la fortaleció en su resolucion. Despues de mezclar sus lamentos y sus lágrimas, convinieron en ir á buscar á su amigo el arrendatario, partici-

parle su proycto, y si le aprobaba, pedirle el permiso de que Maria les acompañase.

La insolente negligencia del gobernador, habia producido un descontento general, así es que el reñtero aprobó altamente el plan de las pobres mugeres, persuadido de que obtendrian una satisfaccion, y de que tal vez seria ventajoso á toda la comarca. Apresuró en secreto su partida, y las recomendó que cualquiera que fuese la respuesta que consiguiesen no la divulgasen hasta ver el resultado: al otro dia al rayar el alba, la viuda y Maria marcharon á Stirling.



El rey Jacobo V, era accesible al último de sus vasallos, por lo que las dos mugeres no tuvieron mucho que hacer para ser admitidas á su presencia. La viuda Maxwell habia sido hermosa en su juventud, y á pesar de la edad, su persona estaba llena de encantos y de nobleza. En una palabra, tenia el exterior mas conveniente para apoyar su peticion ante un rey, cuyo corazon siempre fué muy sensible al poder de la belleza. Pero en aquella ocasion, la auxiliar, aunque silenciosa, abogó con mas éxito que la suplicante. Aun antes de oirlas, el rey deseó que su demanda fuese conforme á la justicia y al honor.

Bien pronto disipó con su afabilidad la turbacion que su presencia las habia inspirado, y cuando se repusieron, la viuda refirió su historia sencilla y verídicamente; pero con una naturalidad tan interesante, que un oyente menos pre-

venido que el rey se hubiera enternecido. Cuando llegó al momento de dar á conocer el resultado de la gestion de Maria con sir Jhon, titubeó, se ruborizó y permaneció silenciosa. Jacobo creyó adivinar el motivo, y el carmin que cubrió el rostro de la jóven, le patentizó la verdad.

—Muy bien, dijo conteniendo su indignacion; bien pronto iré al Annandale y procuraré haceros justicia. Mirad á este caballero; cuando os le envié, seguidle adonde os conduzca. Hasta tanto se os proporcionará un alojamiento seguro para esta noche, y se os entregará una suma de dinero suficiente para vuestro viage; porque deseo que regreséis á vuestra casa, lo mas pronto posible. Contad con que no os olvidaré.

Es bien sabido, que Jacobo, animado de un grande amor á la justicia, tenia tambien mucha escentricidad en su

carácter. Recorrió á menudo el país con varios disfraces, como los de buhonero, músico ambulante, y aun de mendigo. Unas veces quería descubrir los abusos que cometían sus delegados, y otras como el califa de los cuentos árabes, lo hacía únicamente por diversion. En aquellas ocasiones, cuando juzgaba oportuno el descubrirse lo hacia con el nombre, del *hombre honrado de Ballengeich*. Tenia en su palacio un pasadizo secreto, que le permitia ejecutar aque-

llas escursiones solo, sin que nadie lo supiese, ó seguido de un criado disfrazado.

Aquella vez resolvió visitar de incógnito al guarda de las fronteras, y tomadas sus medidas llegó al Annandale. El resultado de sus informes le confirmó en la opinion que habia concebido de las dos mugeres, y se trasladó á su morada disfrazado de mendigo. Al aproximarse á la granja, vió á una jóven que estaba lavando ropa blanca en un arroyo;



era Maria. Cuando llegó á su lado aparentó estar enfermo, y se sentó en un otero, dando quejidos. Al punto acudió Maria, le preguntó la causa de su mal, y le ofreció remediarle en cuanto dependiese de ella. Jacobo contestó que solia padecer semejantes accesos; pero que para aliviarse no necesitaba mas que un poco de leche caliente y descansar por espacio de una hora. Inmediatamente Maria le ofreció con bondad su asistencia para llegar á la granja en donde recibiria mayores auxilios. Le ayudó á levantarse, le

TOMO IX.

agarró del brazo, le dijo que se apoyase en su hombro, y ambos se pusieron con lentitud en camino. Fué recibido en la quinta de la manera mas benévola. Refirióse la historia de Maria y de Wallace Maxwell, mezclando en ella imprecaciones contra la indolencia del gobernador. «Es bien seguro, decian, que si el rey supiese el proceder de ese hombre lo privaria de su cargo, ó le castigaria severamente.» Convenido Jacobo del odio de sus súbditos contra sir Jhon, no queria retardar por mucho tiempo la hora de la justicia.

24

Regresando para su cita de la noche á un pueblecito llamado Duncow, partió al día siguiente por la mañana y se dirigió á Amisfield, que no estaba muy distante. Una parte de su comitiva se quedó en Duncow, y el resto de su escolta recibió orden de quedarse emboscada en un barranco cerca de Amisfield, hasta que la necesitase. Despojándose de su traje de mendigo se presentó con el de simple aldeano á la puerta del palacio del gobernador, y pidió á un criado le condujese inmediatamente al aposento de sir Jhon. Contestáronle que acababa de sentarse á la mesa, y que tenía formalmente prohibido el que se le incomodase bajo ningún pretexto.

—¿Y cuánto tiempo tardará en concluir de comer?

—Dos horas ó tal vez tres: no puede vérselo hasta que no toque esa campana.

—Soy forastero, y no puedo aguardar tanto tiempo: tomad esta moneda, y decid á vuestro amo que deseo hablarle para un objeto importante: solo necesito algunos minutos.

El criado marchó y no tardó en dar la vuelta.

—Shir Jhon ha dicho que á pesar de la importancia de vuestro asunto, tendreis que esperar, sino quereis volver por donde habeis venido.

—Eso es muy duro; tomad estas dos monedas: decidle que vengo de la frontera, en donde he visto á los ingleses preparar una expedicion; he corrido á darle la noticia, y creo que faltaria á sus deberes si inmediatamente no encendiese los fanales para dar la alerta al país.

El criado partió con el mensaje y volvió con el semblante triste y meneando la cabeza.

—Y bien, ¿el gobernador consiente ahora en recibirme? preguntó con precipitacion el extranjero, cuya generosidad habia ganado el afecto del criado.

—Disimuladme, amigo; pero debo deciros las mismas palabras de sir Jhon; dice que si quereis aguardar dos horas, verá entonces si sois un bribon ó un imbécil; pero que si le volveis á enviar un recado tan impertinente, vos y yo tendremos que arrepentirnos. Sin embargo, quiero recompensar la delicadeza que habeis usado conmigo; venid ó daré de comer y un buen jarro de cerveza, para que os entretengais hasta que concluya sir Jhon.

—Os doy gracias de todo corazon: pero como ya os he dicho, no puedo esperar. Tomad estas tres monedas, volved á entrar en el cuarto del gobernador, y decidle que el hombre honrado de Ballengeich insiste en hablarle al instante.

Apenas habia vuelto el criado la espalda, cuando Jacobo tocó la trompa de caza de una manera particular; el criado observó que su mensaje habia producido en sir Jhon una consternacion que casi rayaba en un verdadero terror.

Antes de que sir Jhon llegase á la puerta, Jacobo, desembarazado de su tosco sobretodo, se presentó cubierto con las insignias reales, mientras sus nobles acudian al galope. Cuando todos estuvieron reunidos, el rey se dignó dirigir la palabra al gobernador, que se hallaba prosternado á sus plantas.

—Levantaos, sir Jhon, dijo con tono severo é imperioso: habeis mandado á vuestro criado que me diga que soy un bribon ó un imbécil.... Si, teneis razon; he cometido un acto de locura delegando mi poder en un malvado como vos.

El gobernador con voz poco segura, tartamudeó que ignoraba que su magestad era quien queria verle.

—Pero ya os he dicho que deseaba hablaros para un asunto importante, y no os habeis querido incomodar. Cualquiera de mis vasallos, y en cualquiera hora, es admitido á la presencia de su monarca. Sin embargo, obraré con vos como tengo de costumbre: os escucharé antes de condenaros, aunque hay contra vos cargos gravísimos.

—¿Se dignará V. M. honrar con su presencia mi humilde morada, y permitirme hablar para mi defensa?... dijo el gobernador justamente alarmado.

—No, sir Jhon, no quiero entrar como juez en este sitio en donde no me han admitido cuando pedía socorro. Tengo mi tribunal en el castillo de Hoddam, y os ordeno que os trasladéis á él inmediatamente: allí oiré las respuestas que diéreis á las acusaciones que se fulminan contra vos. Antes de nuestra partida dareis las órdenes oportunas, para que los hombres y caballos que me siguen, sean colocados y mantenidos en vuestra casa, mientras yo permanezca en el Annandale.

El rey designó los señores que debian acompañarle al castillo de Hoddam, y mandó al gobernador que le siguiese sin demora.

Reconociéndose sir Jhon culpable de negligencia, y aun de alguna cosa peor en el desempeño de su cargo, no comprendia sin embargo los hechos particulares que se le imputaban. Se esforzó, pues, en aparentar en presencia de su soberano, la tranquilidad de la inocencia.

Jacobo, dirigiéndose desde luego á su objeto, le preguntó si en una incursion muy reciente habian saqueado la casa de una viuda, llevándose su vaca, y hecho prisionero á su hijo.

—¿La otra mañana, al día siguiente del suceso, no fué á veros esta pobre muger y á pedir os vuestra proteccion?... ¿Sir Jhon, habeis hecho en esta ocasion todo lo que podiais hacer?...

—Confieso que no... la viuda tendrá la mejor vaca de mi ganado, y amueblaré completamente su casa. Espero satisfacer de este modo á vuestra magestad.

—¿Y su hijo, como lo será devuelto?

—Cuando tengamos la suerte de hacer un prisionero podrá cangearse con el jóven.

—Escuchadme bien, sir Jhon, si dentro de ocho dias no se presenta Wallace Maxwell en buen estado de salud, se reís ahorcado del árbol que se eleva en frente de ese balcon. Nada mas tengo que añadir os por ahora: hallaos pronto á volver á comparecer ante mí, cuando á ello seais requerido.

El gobernador conocia el carácter inflexible del monarca; al momento despachó un criado de su confianza con plenos poderes para rescatar á cualquier precio á Wallace Maxwell, y traérsele sin perder un momento. Mientras tanto un numero considerable de hombres y caballos, que ascendia á algunos centenares, se alojaban en el palacio de sir Jhon, y la llegada del rey esparcia la dicha y la alegría en el país.

Al siguiente día por la mañana, Jacobo dió al jóven señor que habia indicado á la viuda, la orden de ir á buscarla, como tambien á Maria, á quien recibieron con las mayores consideraciones. La pobre muger, penetrada de reconocimiento, se esforzó en darle las mas humildes gracias, y

en manifestarle su gratitud. Refirió que la víspera, sir Jhon la habia enviado una vaca mucho mas hermosa que la suya, como tambien muebles y otros objetos mas preciosos que los que la habian robado; pero, añadió llorando, todo esto no vale nada para mí sin mi querido hijo. El rey la tranquilizó, la aseguró que su peticion no estaba olvidada, y las despidió con la promesa de enviarlas á llamar en cuanto llegase Wallace Maxwell.

Cada día se aumentaba la angustia del gobernador, preso en su mismo palacio, y es fácil concebir cuál seria su espanto al recibir un mensaje real, en que se le mandaba trasladarse al castillo de Hoddam al día siguiente al medio día, y que si no llevaba con él á Wallace Maxwell, se preparase á morir.

Permaneció en la mayor ansiedad hasta salir el sol, en cuya hora llegó Wallace, cuyo rescate se habia pagado á un precio exorbitante. Sin dar al jóven tiempo para descansar, sir Jhon le hizo partir aceleradamente para el castillo de Hoddam, y dirigió un mensaje al rey para obtener audiencia.

Jacobo envió á llamar á la madre de Wallace. La entrevista que se efectuó á su presencia le enterneció hasta hacerle derramar lágrimas; el cariño maternal olvidó la etiqueta. Despues de haberle saciado, por decirlo así, la viuda pensó únicamente en hacer arrodillar á su hijo ante el soberano que acababa de devolverle la libertad, y tal vez de salvarle la vida: Wallace hincó una rodilla en tierra, y puso por testigo al cielo, de que consagraria su libertad y su existencia al servicio de su magestad.

Encantado Jacobo del varonil aspecto y nobles maneras de Wallace, se convenció de la sinceridad de su cariño á María, y le mandó que se retirase por un instante.

En seguida fué llamada é introducida María á presencia de sir Jhon; el rey los observaba á uno y á otro. El semblante de la jóven se animó, y sus ojos lanzaron miradas de indignacion. La mortal palidez que cubria el rostro del gobernador, era la confesion de su falta.

—¿Conociais á esta jóven, sir Jhon?... respondió francamente á mis preguntas, y pensad qué vuestra vida depende de la sinceridad de vuestras respuestas, dijo el rey con aire sombrío y resuelto.

—Sí, monseñor, la he visto, contestó balbuceando sir Jhon y con labios temblorosos.

—¿En dónde?

—En Amisfield.

—¿Con qué motivo?

—Fué á pedirme la libertad de Wallace Maxwell.

—Y se la negásteis, porque rechazaba condiciones ultrajantes para ella, y deshonrosas para vos. ¿Hablad, no es cierto?

—Con harta vergüenza, monseñor, confieso mi falta: pero estoy pronto á hacer cuantas reparaciones me sean posibles: á vuestra magestad toca imponerlas.

—Mereciais ser ahorcado, sir Jhon.... Sin embargo, no quiero castigaros con la severidad que deberia hacerlo.... Ya sabeis el amor que se profesan María y Wallace cuyo rescate habeis pagado. Dareis á este último una quinta, y trescientas fanegas por lo menos de buena tierra, libres de todo gravámen, durante la vida de aquel y de su muger. Ademas añadiréis ganado; una habitacion cómoda con los muebles y enseres necesarios: todo esto debe estar pronto

en el término de tres meses. Si mis condiciones os parecen demasiado duras, os ofrezco haceros colgar de ese árbol antes de ponerse el sol. Podeis elegir lo que mas os convenga.

—Acepto las primeras condiciones, señor, y prometo no descuidar nada para la felicidad de esos jóvenes.

En aquel momento introdujeron á Wallace; María se arrojó en sus brazos, y ambos cayeron á los pies de su soberano; Jacobo los levantó y les dijo:

—He puesto vuestro amor á prueba, y le he encontrado sincero. Wallace, María os lleva un dote cuyo origen os explicará. Quiero veros unidos antes de dejar el Annandale, y presidiré la fiesta. ¡Qué vuestros cuidados recompensen á vuestra madre cuanto ha hecho por vosotros dos! Confío en que todo el mundo recordará largo tiempo la visita al Annandale del hombre honrado de Ballengeich.

GLORIAS DE ESPAÑA

EL CONVENIO DE VERGARA.

I.

Seis años hacia que la mas sangrienta guerra civil asolaba las provincias de la desdichada España. La muerte del rey don Fernando VII habia sido la señal de la pelea, y habia dado probabilidades de buen éxito en sus conatos, al príncipe que, ya aun en vida de su hermano, habia manifestado sus ambiciosas pretensiones á la corona. Bajo el nombre de don Carlos se levantó la bandera de la insurreccion en aquellas provincias de España mas inconquistables, porque al valor indomable de sus hijos, reunen el mas ardiente amor á sus fueros y vñerandas leyes, de las que el infante don Carlos se declaraba protector. Pretendia el infante que prevaleciese en provecho suyo la abolida pragmática introducida por Felipe V, y llamada *Ley Sálica* por su origen estrangero, segun la cual, muerto sin hijos varones el monarca reinante, habian de heredar la corona, no sus hijas, sino el hermano mayor del monarca difunto. En tan íntima conviccion no quiso prestar el acostumbrado juramento y pleito homenaje al ser declarada heredera de la corona la inocente Isabel II, hija primogénita del rey don Fernando VII, y de aqui el destierro y la exasperacion del infante. A pesar del interés que á los españoles inspiraba la niña Isabel, todavia el rēspeto á las antiguas tradiciones, el temor de una larga minoria, y el de que la corona pasase á las sienes de un estrangero en el futuro casamiento de la reina, aseguraban el triunfo á los numerosos y decididos partidarios de don Carlos; pero Cristina de Borbon, reina viuda de Fernando VII, gobernadora del reino y tutora de su hija doña Isabel II, para que ésta ocupase el trono de San Fernando, llamó en su auxilio á todos los liberales, trajo á los mas ardientes que estaban emigrados, fomentó las esperanzas de los que desde el año de 1812 eran entusiastas por un gobiernō representativo, haciendo la cuestion que iba á ventilarse, no puramente dinástica y de legitimidad, sino de principios y de forma de gobiernō. Todos los hombres de ideas liberales, agradecidos y esperanzados, juraron defender el trono constitucional de su reina, cor-

rieron á las armas y en Arlaban y Mendigorria, en Morella y en Lucena, en Gra y en Peracamps, en Bilbao y en Luchana, en Gandesa y Zaragoza, bien dejaron sellado con su sangre su patriótico juramento.

Separada la gran familia española en dos ardientes y contrapuestos bandos, por seis años largos de padecimientos insufribles y de efusión de sangre sin tregua ni piedad, apenas habia familia á que no hubiese alcanzado la destructora guadaña de la muerte, ni oculta morada en que no se hubiese hecho sentir el devastador azote de la guerra. Hasta los vínculos sociales y los mas santos lazos del parentesco habian sido relajados en tan triste ocasion, y en el negro cuadro de horrores que presentaba esta lucha, se veia despedazarse al amigo con el amigo, el hermano con el hermano y aun los padres con los hijos. La nacion abatida despues de tanto esfuerzo y padecimiento, caminaba rápidamente á su ruina, y las pasiones políticas, exasperadas con la irritacion de los combates, no permitian á la desconsolada imaginacion siquiera un vislumbre de esperanza para remedio de tantos males.

II.

Llegó por fin el día 31 de agosto de 1839 y la aurora de este memorable día era la de la paz tan deseada. Todavía duraba el crepúsculo de la noche y ya las bandas de música de los regimientos de la anti-guardia real, recorrian tocando *la diana* las calles de la villa de

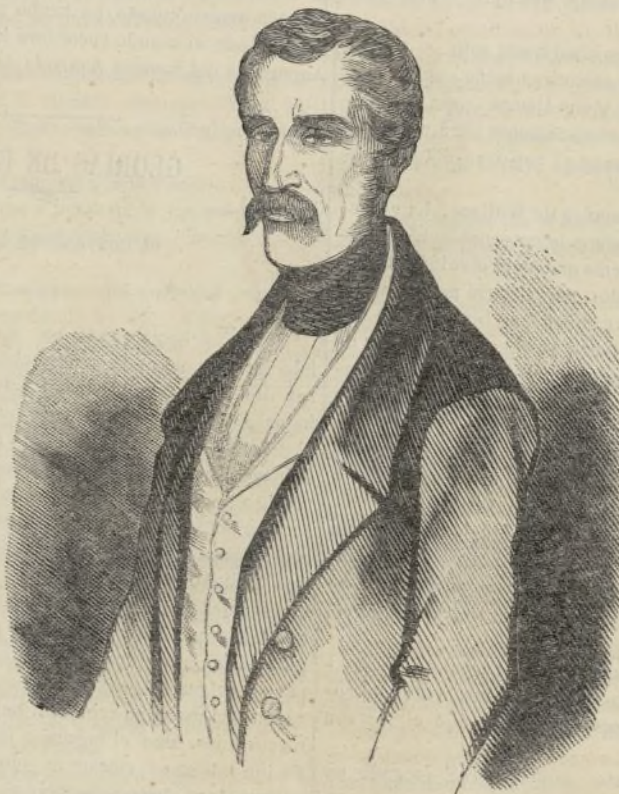
Vergara, donde habian venido á acantonarse el día anterior las tropas de la reina, al mando del general don Baldomero Espartero, duque de la Victoria. Con aquella inusitada armonía empezó á ponerse en movimiento todo el ejército saliendo en buen orden de la villa, aunque su marcha no era la del combate.

Hay á corta distancia de Vergara una estrecha llanura, encerrada entre el río Deva y la carretera de Francia por Tolosa y San Sebastian. En aquella campiña, y cuando ya el sol empezaba á dorar las cumbres de los cerros inmediatos y la elevada ermita del pico de San Miguel, fueron formando en masa los batallones del ejército del Norte, permaneciendo sin el menor preparativo de guerra en un campo donde casi todavía estaba fresca la sangre derramada y desde donde podian divisarse los edificios devorados por el

fuego, y los torreones en que tremolára altiva la enseña del príncipe don Carlos.

Enmedio de un profundo silencio y de la ansiedad general, un lejano ruido de cajas de guerra, ruido que por momentos se viene aproximando, aumenta mas la inquietud de las tropas, al reconocer que aquellas cajas son las de los batallones enemigos. Efectivamente; á poco aparecen y empiezan á desembocar en la llanura las huestes carlistas, no como bandas de guerrillas, confusa y tumultuariamente congregadas, sino como tropas veteranas y aguerridas, organizadas en divisiones segun la provincia á que pertenecian los soldados que las formaban. Aparecieron primero

los castellanos, luego los vizcainos y luego los guipuzcoanos, y esta idea de organizar el ejército segun las costumbres, tradiciones é insignias de las provincias, recordaba otros tiempos mas felices para España, cuando cada una de sus antiguas provincias enarbolaba su escudo, su bandera y sus colores para rechazar una invasion extranjera: grave peligro á que nuestro país tantas veces se vió expuesto. Como obra humana, difícil es juntar bajo una misma ley y reunir fraternalmente pueblos de distinto origen y diversas costumbres, pero mas difícil es todavía, como en el caso presente, ahogar el espíritu mezquino y egoísta de localidad, para sustituirle con un espíritu verdaderamente nacional y hacer de tantas provincias una gran familia, reunida sin distincion de origen en de-



Don Carlos Luis Maria de Borbon.

fensa de la patria comun. Indecible sorpresa y satisfaccion causó á los soldados de la reina el ver desfilar delante de sí á los batallones carlistas en el mas profundo silencio y con todo el aire militar que prestaban á aquellos valientes, sus rostros curtidos por el sol y la fatiga, dando ademas un singular carácter á toda aquella muchedumbre los colores rojo, blanco y azul de las boinas con borla negra que llevaban gefes y soldados. Todas aquellas fisonomias, mirándose sin ceño, como que manifestaban franqueza y buena fé, circunstancia que acabó de confirmar la idea de que si la paz no estaba confirmada, á lo menos se disponia algun armisticio ó se celebraba algun convenio que fuese digno prelude de ella.

III.

Aparecieron en breve por el camino de Vergara, el general en jefe de las tropas de la reina, don Baldomero Espartero, duque de la Victoria, y el teniente general don Rafael Maroto, resuelto caudillo de las tropas de don Carlos, y personajes ambos á quienes, si la imparcialidad histórica niega el que fuesen los autores del convenio, no puede negar que fuesen en él los principales actores. Ambos gefes venian acompañados de su respectivo estado mayor y numeroso séquito. El general Espartero tiró de su espada vencedora y colocándose en el centro del espacioso anfiteatro que formaban los dos ejércitos, les hizo sabedores en una corta alocucion del objeto de aquel acto grandioso del que iba á resultar la prosperidad de la patria, renovando su oferta de comprometer formalmente al gobierno á proponer á las córtes la concesion ó el arreglo de los fueros. Escuchábanle atentos aquellos militares que, aunque palpitaban de gozo, guardaban el mas religioso silencio, tan penetrados estaban de la gravedad de las circunstancias; pero cuando el valiente Espartero terminó su arenga, exclamando: ¡viva la reina! con todo el lleno de su voz varonil, entonces contestaron á la vez los de uno y otro bando, repitiendo los vivas con indecible entusiasmo. Ya no habia carlistas, ni isabelinos, ya no habia enemigos irreconciliables: el eco de aquel grito unánime, resonando de montaña en montaña por toda la península, fué la señal de union y de paz de todos los españoles bajo la bandera constitucional de doña Isabel II.

Faltaba empero que llegasen las acciones donde no alcanzaban las palabras; faltaba una de aquellas demostraciones populares que tan enérgicamente hablan á la multitud: debia terminar el acto con una escena que se dirigiese á los ojos y al corazon ya conmovido. El general Espartero que tuvo gusto en mandar algunas maniobras á las tropas últimamente presentadas, hizo á todos los soldados formar pabellones de armas y los exhortó á que verdaderamente se uniesen como hermanos, y cual si quisiese dar el ejemplo, tendió sus brazos hácia Maroto y ambos generales aproximando sus briosos caballos, se dieron un estrecho abrazo á

vista de todo el ejército, que aplaudió tan noble accion con estrepitosos gritos de alegría. Momento sublime que hizo derramar tiernas lágrimas á los mismos que estaban acostumbrados á asaltar impávidos las baterías erizadas de cañones. Desde entonces todo fué union y algazara en el reunido campamento: veíanse fraternizar con los oficiales de Espartero á Urbiztondo, Simon de la Torre, Cuevillas, Iturbe, los Fulgosios y otros temidos gefes del campo carlista, mientras que los soldados, instrumentos y víctimas hasta entonces del encono de los partidos, se mezclaban unos con otros, se abrazaban, entonaban alegres canciones y los populares zorcicos, y bendecian de todo corazon aquel dichoso dia.

En vano algunos caudillos carlistas que en otras provincias del centro hacian la guerra por instinto, quisieron prolongarla por algun tiempo; al fin hubieron de sucumbir, y por lo que hace á los habitantes de las Provincias Vascongadas, no solo han sido fieles á la paz jurada en los campos de Vergara, sino que al solo amago del peligro, han acudido á defender con valentia el trono de nuestra reina.

IV

Cesó de improviso una guerra que interminable parecia, ante la aurora de paz de los risueños campos de Vergara. ¿Y á que se debió tan dulce concordia en el momento en que mas encarnizados aparecian los ánimos de resultas de la contienda civil? ¿Fué exclusiva-

mente al temor de parte de los carlistas? No: en las vísperas ya de realizarse el convenio, hicieron las tropas de la reina una salida desde San Sebastian contra la linea de Andoain, y los guipuzcoanos, indignados de que se les creyese tal vez llenos de indecision en aquellos criticos momentos, corren presurosos al combate y con mas denuedo que nunca, rechazan á las tropas liberales. No era, pues, el cansancio, no era el temor el que hacia soltar las armas á los partidarios de don Carlos: era un sincero deseo de la paz, fundado en los sentimientos caballerescos de muchos buenos españoles que no querian derramar mas sangre, por el inútil y pérfido deseo de derroamarla en favor de una causa, cuyas probabilidades de triunfo ya estaban aniquiladas. Ninguna mas eficaz entre cuantas ideas concurrieron en el dividido campo de los car-



El general Espartero.

listas á la paz, como la idea salvadora de separar de la causa dinástica de don Carlos, la causa de los fueros y nacionalidad de aquellas provincias. Así que los habitantes pudieron concebir la posibilidad de que una reina constitucional se declarase protectora de sus fueros, se acogieron, arrepentidos y desengañados del error en que habían vivido, á la sombra de su trono paternal. Despues, cuando vieron sancionado en un decreto solemne que se confirmaban los fueros de las Provincias Vascongadas y de la Navarra, sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía, y salvadas aquellas modificaciones que reclamase el interés general de las mismas, conciliado con el de toda la nacion, la causa del infante don Carlos murió, falta de su primer apoyo, y llegó el hermoso día de la paz para todo el pueblo español.

Tan inestimable ventaja, sin intervencion de ninguna potencia estrangera, y sin menoscabo de nuestra nacionalidad, fué acontecimiento que ha dejado en los pechos verdaderamente españoles, gratos y venturosos recuerdos de aquel dichoso término de nuestras interiores contiendas. Está proyectado un sencillo monumento que ha de transmitir á la posteridad en los campos de Vergara, la memoria del fausto suceso que en ellos aconteció en 31 de agosto de 1839; y ciertamente que si los hechos gloriosos y que redundan en bien de la humanidad, son los que principalmente deben grabarse en la memoria de los pueblos, ninguno mas á propósito que el *Convenio de Vergara*, como término de la última lucha fratricida.

Al buscar en su sangriento período un suceso tan glorioso y popular que pudiese figurar dignamente bajo el título que hemos impuesto á esta série de artículos, ninguno entre cuantos han concurrido á asegurar bajo un régimen constitucional el porvenir de la reina y de la España, ninguno nos ha parecido de tan alta trascendencia como el *Convenio de Vergara* que es el suceso mas grande, mas popular y mas glorioso de la historia moderna de nuestra patria.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

UN MENDIGO DEL SIGLO XIV.

Un dominico español que se hizo célebre por la enseñanza en el siglo XIV, refiere en uno de sus tratados que encontró un día á la puerta de una iglesia á un mendigo cuyos pies estaban llenos de lodo y su ropa despedazada. Habiéndose aproximado á él le dijo:

—Buenos dias os dé Dios.

—¿Buenos dias? repuso, yo jamás he tenido uno malo.

—¿Por que me respondeis de esa manera? contestó el dominico; sed dichoso.

—¿Qué me dais á entender? respondió el mendigo; yo no he sido nunca desgraciado.

El dominico, sorprendido con la contestacion del pobre le rogó que se explicara con mayor claridad.

—Con mucho gusto, dijo el mendigo. Vos me habeis saludado dándome los buenos dias, y yo os he contestado que jamás he tenido un día malo. Cuando me hallo hambriento alabo á Dios; si experimento frio, si llueve, si nieva, si cae

huelo, si el aire está sereno, si hay huracanes, yo alabo á Dios; si soy miserable, si me encuentro despreciado, abandonado, alabo siempre á Dios, y de esta manera se puede comprender facilmente que nunca he tenido un día malo. Vos habeis deseado que Dios me haga dichoso, á lo cual he respondido que jamás había sido desgraciado, puesto que yo me he conformado toda mi vida con la voluntad de mi Dios, á quien he resignado enteramente la mia, á fin de no querer otra cosa que la que él quiera.

—Pero ¿qué direis, añadió el dominico, si esa suprema magestad quiere precipitaros en los infiernos?

—¡Precipitarme en los infiernos! exclamó el mendigo. ¡Oh! si Dios quisiese hacerlo así yo tengo dos brazos con los cuales le abrazaria; el uno es la humildad, y el otro el amor: abrazándole de esta manera, y estrechándole fuertemente, seria necesario que él bajase conmigo á semejantes abismos, donde me seria mas ventajoso estar con él, que en el cielo sin él.

LOS VESTIDOS NUEVOS DEL EMPERADOR.

CUENTO DANÉS DE ANDERSEN.

Hace muchos años vivia un joven emperador, que no estendía sus miras mas allá de la punta de su cetro, y que tenia tanta afición á los vestidos nuevos, que gastaba todo su dinero en adornarse y componerse. No hacia caso de sus soldados, y solo iba al teatro ó á paseo para ostentar nuevas galas. Tenia un traje diferente para cada hora del día, y así como suele decirse de un rey, *está en el consejo*, decian siempre de él, *el emperador se está vistiendo*.

Un día fué á consultar á una famosa hechicera acerca del arte de saber apreciar y gobernar á los hombres. La encontró rodeada de gallos, filtros y músicos que tocaban arpas y violines. Observó las líneas de la mano del príncipe, y adivinó que podia esquilarse á aquel carnero sin ruído y sin miedo.

—Leeréis en el corazón de los hombres, le dijo, y seréis el monarca mas hábil del mundo, cuando os pongáis un vestido hecho por los mejores sastres de vuestro imperio.

El emperador se volvió muy gozoso, y es bien fácil comprender que desde entonces se ocupó con mayor esmero en su adorno.

En la gran ciudad en donde tenia su residencia, se pasaba la vida alegremente: cada día llegaban nuevos estrangeros á su corte, atraídos por las fiestas que se sucedian sin interrupción.

Bien pronto aparecieron tambien dos petardistas, que se titulaban *fabricantes de telas*. Anunciaron que sabian hacer paños y otros géneros, que no solo presentaban los colores mas vivos y los mas bonitos dibujos, sino que además poseian la preciosa propiedad de ser invisibles para todo hombre imbecil y poco apto para su empleo.

—De esas telas deben hacerse excelentes vestidos, pensó el emperador, y sin duda estos son los primeros artistas de mis estados; si yo tuviese un traje de tela de su fábrica, distinguiria al instante los necios de los hombres de ta-

lento, y á mis servidores capaces de los ignorantes. Voy á hacer, añadió, que inmediatamente fabriquen esa tela para mí.

Y envió á los artistas una gruesa suma para que pusiesen manos á la obra.

Colocaron, pues, dos telares, y aparentaron trabajar asiduamente; pero en realidad no hacían nada. Pidieron con el mayor descaro las mejores sedas y el oro mas fino, se lo guardaron todo, y día y noche no se separaban de los vacíos telares.

—Quisiera saber en donde están los dos tejedores, dijo para sí el emperador despues de haber aguardado algun tiempo.

Mas se contuvo acordándose de que un necio ó un incapaz no podia ver la famosa tela. Reflexionó, es cierto, que en cuanto á él nada tenia que temer; mas sin embargo, prefirió enviar á uno para que visitase á los artistas y se enterase de su trabajo.

Todos los habitantes de la ciudad habian oido hablar de aquel prodigio, y estaban impacientes por saber que su vecino era un necio.

—Enviaré á ver á los trabajadores á mi antiguo y honrado ministro, dijo por fin el emperador, despues de reflexionarlo detenidamente: verá mejor que ningun otro qué efecto produce la tela, porque es muy despejado, tiene un juicio recto, y nadie como él puede desempeñar sus funciones.

El ministro fué, pues, al salon en donde los dos truhanes maniobraban en los telares.

¡Justo cielo!... exclamó el antiguo diplomático, abriendo cuanto podia los ojos, ¡no descubro la cosa mas mínima!...

Por supuesto que se guardó muy bien de espresarse en voz alta. Los bribones le preguntaron políticamente si le gustaban los colores y dibujos, y el hombre de estado miraba á los telares y nada veia, porque efectivamente nada habia en ellos.

¡Santo Dios!... decia ¿seré acaso un asno?... Jamás lo hubiera creído, ni nadie tampoco.... ¿No seré á propósito para ocupar mi elevado puesto?...

—Y bien, señor ministro, repitió uno de los petardistas fingiendo trabajar con ahínco, ¿no os dignais decirnos si os agrada esta tela?

—¡Oh!... respondió el astuto anciano mirando á los telares de reojo; es un trabajo sorprendente: voy á decir al emperador que los colores y el dibujo son de maravillosa hermosura.

—Tendremos en eso suma complacencia, contestaron los pillos: y al mismo tiempo, y con grande afectacion, fueron enumerando los colores y los adornos.

El ministro escuchó con grande atencion sus palabras para poderlas repetir á su amo.

En seguida los dos estafermos pidieron mas plata, seda y oro, que segun decian necesitaban para concluir la obra comenzada. Aquel nuevo tesoro fué á encerrarse en su bolsa y continuaron trabajando con el mayor afán.

Despues del ministro, el emperador envió á otro funcionario á examinar los tejidos, y á este le sucedió lo mismo que al anterior. Examinó por todas partes los telares, mas como nada tenian, nada pudo ver.

Sin embargo, decia entre sí, yo no soy tonto: ¿seré inepto para desempeñar el cargo que me enriquece? Seria

en verdad una cosa bien estraña, porque hasta ahora nadie se ha atrevido á hacer semejante observacion.

Y alabando tambien la tela que no veia, manifestó á los artistas su júbilo y su admiracion.

—Seguramente, dijo á su amo, cuando volvió á su lado la tela que los tejedores preparan para V. M. I. es de extraordinaria brillantez.

Y luego en toda la ciudad no se habló ya mas que de la magnificencia con que en la primera ocasion iba á presentarse el emperador.

Por fin, quiso ver por sí mismo el precioso tejido mientras estaba colocado todavia en el telar. Acompañado de un gran número de cortesanos, entre los que se hallaban los dos emisarios que le habian dado tan buenos informes, se trasladó á los telares de los artistas.

Los atrevidos pícaros, cuando llegó el emperador aparentaron continuar su trabajo con la mayor actividad.

—Esta tela es verdaderamente soberbia, exclamaron los cortesanos que nada veian, pero que no tenian inconveniente en asegurar. Tienda V. M. I. una mirada sobre ella. ¡Qué dibujos tan preciosos!... ¡qué colores tan brillantes!...

Y todos señalaban á los vacíos telares, creyendo que su vecino veria quizá mas que él.

—¿Qué es eso? decia el emperador, yo no veo absolutamente nada, y esto me desagrada en extremo: ¡soy un imbécil ó no soy á propósito para gobernar!

—A fé mia, dijo por fin, esa tela es sorprendente: (representando la misma comedia que los anteriores) declaro que esa tela merece mi suprema aprobacion.

Sonriéndose luego con mucha gracia, examinó con mucha atencion los telares vacíos: porque por cuanto hay en el mundo no hubiera dejado creer que no podia ver lo que sus cortesanos alababan tan unánimemente.

Y todos comenzaron á gritar en alta voz para complacer á su amo:

—¡Eso es hermoso, admirable, prodigioso!

Por último, aconsejaron al emperador que para la inmediata procesion se mandase hacer un traje con la incomparable tela. El emperador se creyó obligado á participar de la opinion general, y concedió á los dos petardistas una condecoracion, y el título de gentiles-hombres tejedores.

La noche que precedió al día de la procesion, los truhanes no se acostaron y encendieron diez y seis luces. Todos veian por aquel medio la prisa que se daban para concluir el vestido del emperador. Despues cortaron el traje al aire con tijeras quiméricas, y unieron los pedazos que no habia, con agujas sin hilo.

—Mirad, dijeron por fin, ya está acabado el vestido de nuestro amo.

El emperador volvió con sus grandes dignatarios á casa de los gentiles-hombres tejedores: los bribones levantaron los brazos como si tuviesen algo en ellos, y dijeron con gravedad:

—¡Hé aqui el pantalon de V. M., hé aqui el vestido, hé aqui el manto! todo ello es tan delgado como una tela de araña: puede creerse que no se lleva nada, aun despues de habérsele puesto, y esa es otra de las propiedades de tan maravillosa tela.

—Seguramente, seguramente, repitieron en coro los

cortesanos, aunque ninguno de ellos veía ni un solo hilo del imperceptible traje.

—¿Quiere V. M. I., continuaron los artistas, tener la bondad de quitarse su vestido?

El emperador se dejó desnudar magestuosamente, y los pícaros figuraban que le iban poniendo cada pieza por su orden, mientras el monarca en camisa se miraba por todos lados en un espejo.

—¡Qué bien le sienta al emperador este traje!... S. M. está magnífico, exclamaron todos los cortesanos: ¡qué dibujos!... ¡qué colores!... ¡qué corte!... ¡verdaderamente es un traje régio!

—El dosel que durante la procesion cubrirá á V. M., está corriente, dijo el maestro de ceremonias.

—También yo estoy pronto, contestó el emperador. ¿Este nuevo vestido, me está efectivamente bien? preguntó mirándose todavía al espejo para hacer creer otra vez que veía la maravillosa tela.

Los chambelanes que debían llevar la cola del manto, se inclinaron como para levantarla: después aparentaron sostenerla con las dos manos, porque nadie, ni aun el mismo emperador, quería manifestar su simpleza ó su incapacidad.

El monarca fué así debajo del dosel por las calles de la ciudad, y aunque nadie viese lo que no existía, aquello

fué una comedia universal. Todos desde las azoteas y balcones gritaban:

—¡Dios de bondad!... ¡cuán admirable es el vestido del emperador!... ¡qué soberbia cola tiene el manto!... ¡Cuán hermoso y espléndido es todo el traje!

No hubo ni una sola alma bastante franca para confesar-se necia ó incapaz, conviniendo en que no veía nada. ..

Jamás adorno alguno imperial obtuvo tan completo éxito. Pero de repente un niño gritó con su natural candor:

—¡El emperador no lleva nada; va en camisa!...

¡Justo cielo!... oye la voz de la inocencia, añadió el padre de aquel niño. Y bien pronto se repetían todos al oído y luego decían en alta voz:

—El emperador no lleva nada, va en camisa.

Pues bien, por importuna que fuese semejante asercion para el príncipe y su corte, no se atrevieron á reconocer que la multitud tenía razon, y prosiguieron su marcha solemne, el uno medio desnudo, y los otros fingiendo que llevaban la cola del manto.

¡El orgullo y la lisonja son mas poderosos en el hombre que la franqueza y la verdad!

Los que mas gozaron con esta aventura, fueron los dos tejedores y la famosa hechicera, que partieron riéndose la lana del carnero.

